
EL TIEMPO
DESINTEGRADO
KAREL STERLING
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO


KAREL STERLING
EL TIEMPO DESINTEGRADO
EDITORIAL VALENCIANA
CALIXTO III, 23 - VALENCIA
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO

PERSONAJES PRINCIPALES

Mr. Arnold: Director de la ciudad experimental «Centrolab.»

Shorty Havers: Jefe de policía de «Centrolab.»

Earl Grunder: Subjefe.

Thelma Whalton: Secretaria de Mr. Arnold.

Mike Mitchell: Reputado experto en astronáutica.

Bertil VanDamme: Piloto de pruebas.

B. Blodier: Enigmático ser extraterrestre.

Sumo Haron: Fabuloso científico del planeta Hankhar en la constelación de Las Pléyades.

PRINTED IN SPAIN

DEPOSITO LEGAL. V. 413 – 1959

EDITORIAL VALENCIANA.-VALENCIA



CAPÍTULO I

No insista, Shorty; durante tres años estuve sacrificándome, estudiando día y noche, para poder ingresar en «Centrolab». ¿Quiere que ahora lo eche todo a perder por una simple cuestión sentimental?

Shorty Havers miró con detenimiento a la hermosa muchacha que ocupaba el taburete contiguo al suyo. Después repuso:

-El matrimonio no es una simple cuestión sentimental, Thelma; es algo mucho más trascendental y para toda la vida. Pero si usted no está enamorada de mí, es otra cosa.

Thelma apuró su vaso de refresco y encendió un cigarrillo. Era muy morena, más bien alta y «excesivamente» proporcionada según opinión de todos los hombres que integraban la plantilla de «Centrolab», la ciudad experimental enclavada en la isla de Tiburón[1]. Sus facciones, de una belleza perfectamente definida, poseían, además, el atractivo que le proporcionaba una perenne expresión intelectual. Thelma era la única mujer que prestaba servicio en «Centrolab» y ocupaba el puesto de secretaria de Mr. Arnold,

director supremo de aquel gran complejo científico, orgullo de los Estados Unidos.

-No estoy enamorada de usted, Shorty -dijo al cabo de unos segundos-. Le encuentro simpático y aprecio su compañía, pero nada más. Quizá usted habría preferido que se lo dijera de otra forma, con más diplomacia. Sin embargo, ¿a qué andar con rodeos que estropeen nuestras relaciones de camaradería? ¿No es mejor así, Shorty?

Shorty Havers asintió con dolida sonrisa.

-De todas maneras, yo siempre la amaré -contestó-. Es algo superior a mis fuerzas y no me importa que usted lo sepa. ¿Quiere tomar alguna otra cosa?

Thelma denegó a la vez que se apeaba del taburete.

-Podríamos dar una vuelta por el jardín -sugirió-. Ésta es de las noches que apetece acostarse tarde... Creo que vienen a darle un recado.

Shorty se giró despacio. El hombre que se aproximaba era Earl Grunder, segundo jefe de la policía de la isla. En su rostro de boxeador llevaba impresas las huellas de una gran excitación.

-¿Puedo hablar contigo un momento a solas? -solicitó de Shorty-. Se trata de algo muy importante.

Shorty se excusó con Thelma y se: fue hacia un rincón del solitario bar.

-¿Qué ocurre? -inquirió, intrigado.

-La barrera magnética de protección está dando señales continuamente, como si alguien tratara de entrar en el recinto -explicó Grunder-. Es algo inexplicable, pues si fuera una persona la que intentara penetrar, ya haría rato que habría muerto carbonizada. ¿Por qué no sales a echar un vistazo?

Shorty se acercó a Thelma.

-Siento no poder acompañarla a dar el paseo -le dijo-. Mañana la volveré a ver... e insistiré, de paso.

Thelma le dedicó una sonrisa decepcionante y volvió a acomodarse frente a la barra.

Shorty y Crunder salieron del complicado edificio y echaron a andar por el camino asfaltado que conducía a las casamatas de protección. La noche era oscura, sin luna, y un vientecillo cálido hacía susurrar las hojas de los

arbustos que bordeaban las veredas.

Muy a lo lejos, en dirección contraria a donde se alzaba el conglomerado de edificaciones, se recortaban, difusos, los perfiles de la acantilada costa de Sonora.

-¿Qué crees tú que pueda ser? -interrogó Grunder a Shorty-. Animales no hay en la isla, y fuera de las acotaciones magnéticas tampoco hay hombres.

Shorty no contestó. Instintivamente, su diestra acarició la culata del revólver ametrallador que le colgaba del cinto. Su expresión era inescrutable, lo que contribuía a que sus facciones parecieran contener más dura rudeza de lo habitual. Shorty era extraordinariamente atractivo cuando sonreía, circunstancia muy escasamente prodigada por él. Desde hacía poco más de cinco años asumía el cargo de jefe de la policía de «Centrolab», habiendo sido anteriormente un destacado miembro del Federal Bureau of Investigation. El propio Mr. Arnold fue quien le escogió, guiándose casi exclusivamente de los conocimientos científicos que la mente de Shorty almacenaba. En «Centrolab» el denominador común era la ciencia; vigilantes, administrativos, encargados de las dependencias de recreo, e incluso, los criados, poseían la cultura científica mínima exigible. Todo podía suceder en «Centrolab» el día menos pensado; y ante cualquier contingencia desagradable, ningún hombre debería quedarse cruzado de brazos. Mr. Arnold tardó bastante tiempo en poner a punto aquella complicada maquinaria, pero cuando lo hizo resultó la obra más perfecta del siglo.

Shorty y Grunder llegaron al puesto de controles. El técnico que operaba en aquellos momentos se puso en pie nada más verles.

-¡Las señales son cada vez más intensivas! -exclamó señalando una hilera de luces, verdes y rojas, que se encendían y apagaban constantemente-. He duplicado la carga hasta cinco mil voltios sin ningún resultado positivo.

Shorty escudriñó con atención el recuadro luminoso.

-Zona sur, entre las millas siete y ocho. ¿Quién ocupa la sexta defensa?

-Hayes, señor. ¿Quiere hablar con él?

-Dígale que voy allá inmediatamente. Después avise a la patrulla móvil que se reúna conmigo. Vámonos, Grunder.

Shorty y su subordinado subieron al «jeep» y se trasladaron a toda velocidad a la sexta defensa. Ésta consistía en una casamata alargada provista

de dos torretas que apenas sobresalían del nivel del suelo. Se hallaba a una distancia de dos millas de la costa, cercana a los promontorios desde los que se divisaba la ancha franja californiana.

Hayes se estaba rascando la cabeza cuando los dos jefes llegaron. Su rostro era un compendio de incredulidad y asombro.

-No lo entiendo -dijo-. La «cosa» ha logrado traspasar la barrera magnética y ahora se acerca a la térmica. ¿Qué le parece, Shorty, si encendiéramos un proyector?

-Esperemos a ver lo que ocurre con la barrera térmica. ¿A qué hora empezó a captar las señales?

Hayes consultó su reloj.

-Sobre las once y cuarto. Al principio pensé que sería un golpe de agua sobre las alambradas, como otras veces ha sucedido. Pero luego se vio claro que algo o alguien intentaba atravesarlas. Fue entonces cuando llamé a Grunder...

El chirriar de unos frenos ante la casamata interrumpió la conversación. Era la patrulla móvil de vigilancia, compuesta de tres hombres al mando de Clancy Brandon.

-Ocupen la segunda torreta y tengan las armas dispuestas por si hubiera necesidad de disparar -ordenó Shorty a Clancy Brandon-. Tú, Grunder, vente conmigo; vamos a echar un vistazo.

Antes de salir de la casamata, la aguja de control de la barrera térmica comenzó a zigzaguear violentamente. Shorty leyó las cifras del enclave y se giró a Hayes.

-En cuanto advierta usted que la «cosa» ha traspasado la barrera térmica enfoque el proyector al sitio exacto. Ahora déme un par de granadas, serie «C».

Hayes escogió de un estante un par de pequeños artefactos metálicos de forma de limón y se los entregó a Shorty. Luego, éste y Grunder salieron al exterior.

-Es muy misterioso, ¿no? -dijo Grunder queriendo conocer la opinión de Shorty-. Cinco mil voltios de fuerza es dos veces y media la potencia de la silla eléctrica. ¿Qué cosa hay en el mundo capaz de resistirlos?

-Que yo sepa, ninguna -contestó con acento preocupado-. Pero aún es más asombroso que resista mil grados de temperatura. En mi opinión debe

tratarse de algún defecto de funcionamiento de los controles. Aunque es muy raro...

Los dos hombres anduvieron cerca de una milla en dirección a la protección térmica. De pronto, Shorty se detuvo desenfundando el revólver ametrallador.

-¡Chist! -advirtió a Grunder a la vez que se dejaba caer de bruces en el suelo-. ¿Has visto eso?

Grunder se agazapó junto a su compañero. El aviso le había sido innecesario, puesto que también acababa de ver el rosado resplandor que se destacó inesperadamente a una distancia de unas cincuenta yardas. La visión fue tan rápida como un relámpago.

-Se ha debido carbonizar -cuchicheó Grunder-. ¿Vamos a ver lo que ha sido?

Shorty le retuvo sujetándole por las prendas.

-Aguarda un momento. Si ha conseguido pasar encenderán el proyector.

Permanecieron cinco minutos en una espera excitante. Un silencio absoluto reinaba en la noche. Sólo llegaba hasta ellos el apagado susurrar de las olas al batir contra la costa.

Cuando Shorty ya se disponía a incorporarse, la vivísima luz del proyector barrió el suelo y se detuvo, fija, en un punto.

Una exclamación de estupor brotó de los labios de Grunder.

-¡Por todos los demonios del infierno! ¿Lo estás viendo, Shorty? ¡Es un hombre...! ¡Un hombre de carne y hueso!

Algo muy parecido al terror se impuso en el ánimo de los dos policías. Porque lo que estaban presenciando era un imposible de la naturaleza, una aberración de todo orden físico y moral. Espantaba a los sentidos acatar como verdadera semejante visión. Lo que un tanque acorazado no hubiera sido capaz de realizar, lo estaba llevando a cabo una simple e imperfecta criatura humana. ¡Una criatura humana capaz de soportar tensiones de cinco mil voltios y temperaturas de mil grados!

La blanca y deslumbrante luz del faro recortaba ahora su enorme silueta. Lentamente, con movimientos rígidos y un tanto mecánicos, avanzaba hacia los dos hombres una vez sobrepasada la berrera térmica.

Shorty le apuntó con el revólver.

-¡Alto! ¡No se mueva o disparo! -le gritó con voz ronca por el nerviosismo.

-¡Dios santo, Shorty! -exclamó Grunder amartillando su revólver-. ¡Esto es una alucinación!

La figura siguió avanzando. Estaba ya a unas veinte yardas. Caminaba siempre dentro del potente haz de luz y con inalterable parsimonia. De pronto, cambió la trayectoria del proyector y la luminosidad alcanzó de pleno el rostro del individuo. Era una faz aplastada, de perfiles cuadrados y carente de expresión. La frente, la nariz y el mentón eran sendos escalones trazados en una rotunda recta. Su cabello, cortado a modo de cepillo, era gris ceniciento.

Shorty no aguardó más. De un tirón arrancó el seguro de la granada y la arrojó contra el invasor. Un apagado estampido sonó a la vez que surgía del suelo una enorme nube de gas verdoso. Shorty y Grunder retrocedieron conteniendo la respiración durante un minuto.

Cuando se volvieron para percatarse de los efectos, el estupor les volvió a acometer de nuevo. La nube de gas hipnótico no había hecho mella en la siniestra figura. Seguía aproximándose con su característica torpeza de movimientos; sus brazos, caídos a lo largo del cuerpo, parecían ignorar el compás de las piernas.

-¡Dispararé yo primero, Grunder! -exclamó Shorty dominando a duras penas el nerviosismo-. ¡Veremos si también es inmune al plomo!

Una prolongada ráfaga de disparos quebró el silencio de la isla. Con los ojos muy abiertos y el corazón oprimido por la angustia, Shorty y Grunder contemplaron cómo la figura se tambaleaba ligeramente y giraba en redondo para salirse del radio de la luz.

-¡Es nuestro, Shorty! -alentó Grunder-. ¡Dale otra vez!

Shorty apretó el gatillo hasta agotar el cargador de setenta municiones. Un grito de salvaje alegría brotó de su garganta al contemplar cómo la misteriosa aparición se doblaba por la cintura y caía pesadamente al suelo.

Una sirena de alarma comenzó a sonar a la vez que otros proyectores dejaban caer sus chorros de luz en el lugar de la escena. El potente motor del «Land Rover» se puso en marcha un segundo después para dirigirse al mismo sitio con la patrulla de Clancy Brandon a bordo.

Cautelosamente, Shorty y Grunder se acercaron a la inmóvil víctima.

Shorty se llevó una mano a los ojos para dominar un ligero desvanecimiento. Los objetos, la luz y el paisaje danzaron un instante ante su vista como una proyección cinematográfica desenfocada. El malestar pasó en seguida, sin dejar huella en su organismo.

Grunder lo observó manifestando que le había ocurrido algo parecido.

-Algún residuo del gas de la granada -sugirió Shorty quitándole importancia-. Bueno; éste es nuestro hombre. Por un momento temí que fuera inmortal. Sería una lástima quedarnos sin saber por donde ha venido y lo que pretendía hacer en «Centrolab».

-No está muerto -dijo Grunder auscultándole con el oído-. Su corazón late con bastante regularidad. A propósito, ¿dónde le habrás herido? No veo sangre en su ropa...

Shorty se arrodilló para examinar aquel gigantesco cuerpo que yacía boca arriba totalmente rígido. Un escalofrío supersticioso le recorrió la médula espinal al comprobar la inexistencia de heridas de bala.

El «jeep» llegó en aquel instante.

-Lo cazó, ¿eh jefe? -atronó el vozarrón de Brandon-. ¡Bueno se habría puesto Mr. Arnold si le llegan a fallar también ustedes!

Shorty se levantó.

-Pues aunque no se lo crea, Brandon, le hemos fallado -dijo con expresión sombría-. No acerté ni uno sólo de los setenta disparos. Recójanlo y llévenlo al botiquín. Yo iré dentro de un minuto.

Dos de los hombres de Brandon izaron el cuerpo y lo trasladaron al asiento posterior del «Land Rover».

-¡Pesa como el plomo! -exclamó uno de los policías, jadeante por el esfuerzo.

-Más debería pesar si el pulso no me hubiera temblado -ironizó, mordaz, Shorty enfundando su revólver ametrallador.

* * *

Mr. Arnold entró en el espacioso botiquín en el preciso momento en que el doctor Garrick terminaba su reconocimiento. Vestía un pijama rayado y su adusto semblante no reflejaba la menor sombra de sueño.

Con expresión de curiosidad se acercó a la cama metálica donde reposaba el cuerpo semidesnudo del desconocido visitante. Éste respiraba pausadamente y tenía los ojos abiertos, las pupilas muy dilatadas y la mirada

fría e inexpresiva, como la de un cadáver.

-¿Han averiguado su identidad? -inquirió el director de «Centrolab» dirigiéndose a Shorty y al doctor Garrick.

El jefe de policía le entregó una tarjeta cuadrada con un solo nombre impreso.

-Es todo cuanto llevaba encima dijo-. Lo mismo puede ser suya que no.

-B. Blodier -leyó Mr. Arnold-. Esto no nos dice nada. ¿Ha recobrado el conocimiento en algún instante?

El doctor Garrick se adelantó. En sus facciones se leía el desconcierto.

-No tiene lesión aparente alguna ni traumatismo cerebral -contestó-. No me atrevería yo en este momento a calificar su estado. Durante la media hora que le llevo observando, ha realizado normalmente todas sus funciones. Únicamente he notado en él un par de cosas extrañas. Su temperatura no llega a veintisiete grados, fenómeno inexplicable porque debería llevar anexo un proceso de reacciones muy distinto al que ha dado muestras. Por otra parte, el gran simpático acusa una atrofia como causada por la catalepsia o el hipnotismo.

-Quizá los gases de la granada... -apuntó, dubitativo, Mr. Arnold.

-Sus pulmones no contienen el menor residuo. Ahora quiero que observe esto, Mr. Arnold. ¿Qué le parecen las cicatrices esas?

El aludido se acercó para curiosear las sendas señales que circunvalaban las axilas, el cuello y las muñecas del supuesto B. Blodier. Eran unos surcos amoratados con los bordes pespunteados como por un cosido mecánico.

-Usted podrá decirlo mejor que yo -contestó Mr. Arnold-. A mí me da la impresión de que son soldaduras en carne viva.

-Exactamente -corroboró el doctor Garrick-. Si no temiera decir una tontería afirmaría que este sujeto es un producto de laboratorio, fabricado por piezas. Observe su cabeza y verá qué configuración más imperfecta tiene desde el punto de vista natural. Recuerda a las estatuas realizadas por los hombres primitivos.

-Es francamente desagradable y repulsivo. Claro es que él no tiene la culpa...

-Si me lo permiten, yo también tengo algo que exponer -intervino

Shorty Havers-. Hasta ahora nos hemos referido a este sujeto como paciente experimental del doctor Garrick. Sin embargo, parece que olvidamos lo más importante.

Mr. Arnold le miró interrogativamente.

-¿Qué es ello? -quiso saber.

-Este sujeto, llamémosle Blodier, atravesó con plena inmunidad las barreras defensivas térmica y magnética. Por si se debía a un defecto de funcionamiento, hice comprobar sus efectos poco antes de venir al botiquín.

-¿Y qué sacó en limpio? -interrogó nuevamente Mr. Arnold.

-Que funcionaban perfectamente. Lo que significa, poco más o menos, que Blodier es inmortal.

Se estableció un largo y opresivo silencio entre los tres hombres. Finalmente, Mr. Arnold encendió un cigarrillo y clavó su vista en Garrick.

-Supongo que tendrá una opinión formada al respecto -le dijo-. O, por lo menos, una hipótesis.

El doctor sonrió encogiéndose de hombros.

-Siento darme por vencido. Pero usted tendrá a su disposición técnicos que podrán explicar la causa de que las ropas de Blodier estén intactas, sin carbonizar, como sería lo más lógico si las barreras protectoras de la isla hubieran funcionado.

Shorty palideció. No había caído en aquel detalle, más desconcertante aún que los anteriores.

-Es muy raro -murmuró sin apartar la vista del cuerpo que reposaba en la litera-; realmente incomprensible...

-¿A qué distancia le disparó usted? -interrogó Mr. Arnold derivando la conversación en otro sentido.

-A cosa de unas veinte yardas. Juraría que le alcanzaron las dos ráfagas.

-Sin embargo, está claro que Blodier no sufrió ni un solo rasguño. Tal vez fueran los nervios, o .que le deslumbraran los proyectores. Un momento... No me habían dicho nada de ese detalle. ¿Qué es lo que lleva en la muñeca derecha?

-Un amuleto, seguramente -contestó el doctor Garrick-. Parece de oro macizo y obsidiana. Intenté quitárselo pero lo lleva soldado, sin ninguna clase de cierres.

Mr. Arnold examinó atentamente la pardusca gema redonda, del tamaño de una esfera de reloj, engarzada en una brillante cadena metálica que rodeaba la parte alta de la muñeca de Blodier. No llevaba grabado alguno ni distintivo que delatara al objeto como joya más o menos valiosa.

-Me temo que el sujeto en cuestión nos dé más de un quebradero de cabeza -declaró Mr. Arnold-. En fin, mañana estudiaremos detenidamente el asunto. A primera hora le enviaré el personal más adecuado que encuentre para el caso. Si, mientras tanto, recobrara el conocimiento y le encontrase usted apto para un interrogatorio, no dude en avisarme. ¡Ah!, otra cosa: no estaría de más que le ligase usted convenientemente para evitar cualquier contingencia desagradable que pudiera surgir a medianoche. ¿Lo hará así, Garrick?

El doctor hizo un gesto afirmativo con la cabeza y acompañó a Mr. Arnold hasta la puerta. Luego se encaró con Shorty Havers.

-¿Y usted qué dice? -le preguntó sin abandonar su gesto de desconcierto.

-Que otro asuntillo como éste me costará el cargo -contestó el joven jefe de policía-. Apostaría a que Mr. Arnold no cree una sola palabra de lo que le he dicho sobre el funcionamiento de las barreras defensivas ni de mis disparos. ¡Como si no hubiera más de veinte testigos para dar fe de ello!

Garrick le escrutó ávidamente.

-Pero... ¿de verdad funcionaron, Shorty?

La mirada de Shorty centelleó.

-¡Váyase al diablo, Garrick! ¡Váyanse todos al diablo!

Con tres zancadas alcanzó la puerta y salió cerrando con estrépito.

Antes de subir a su apartamiento para descansar pasó por la cantina y se tomó un par de tazas de té para calmar su nerviosismo. Thelma se levantó de un sillón y acudió junto a él.

-Estuve buscándole por ahí fuera -dijo-. Escuché el tiroteo y luego me contaron algo sobre un sujeto extraordinario que se filtró por las instalaciones. Temí que le hubiera ocurrido alguna cosa desagradable.

Shorty encendió un cigarrillo antes de contestar.

-No se ha equivocado, Thelma; esta noche ya son dos las cosas desagradables que me han ocurrido. Pero no pierda el sueño por mí, querida. Márchese a su retiro y mañana, por boca de Mr. Arnold, sabrá del suceso con

toda clase de detalles. Hasta es posible que se entere mejor que yo. Buenas noches, Thelma.

Y dejando a la joven en el colmo del estupor, Shorty se marchó a su apartamento. Una vez en él se despojó del pesado cinto y se tendió en la cama sin desnudarse ni apagar la luz.

Al cabo de un buen rato de reflexiones, una inspiración asaltó su mente. Fue una idea estúpida, sin razón de ser ni basada en ningún principio lógico. Pero Shorty Havers se dejó guiar por ella sin importarle un ardite lo descabellado de la misma.

Se alzó de la cama y desenfundó el revólver ametrallador para extraerle el peine vacío e introducirle otro nuevo. Y un respingo de estupefacción se escapó de su garganta al comprobar el increíble hecho de que las setenta diminutas balas del cargador estaban intactas, sobresaliendo de los tres remaches respectivos.

Con un manotazo instintivo se apoderó del cinto y lo extendió sobre el lecho para ver si estaban todos los cargadores o había substituido alguno inadvertidamente.

Un sudor frío comenzó a extenderse por su cuerpo. Aquello era imposible, escapaba a toda comprensión, rebasaba los límites de lo concebible... ¡Ahora resultaba que no había hecho ningún disparo; que todo había sido un producto de su fantasía; que Su mente derivaba hacia la locura...!

¿Qué era lo cierto y lo falso de lo ocurrido aquella noche? ¿Desde cuándo había comenzado a desvariar? ¿Qué es lo que estaría pensando de él Mr. Arnold?

Febrilmente, Shorty descolgó el auricular de su teléfono.

-Centralita, póngame con Earl Grunder en su propio apartamiento. Sí, espero...

La voz despierta y suave del segundo jefe de policía contestó al otro extremo del hilo.

-Escucha, Grunder -habló Shorty-. Tú estabas a mi lado cuando disparé contra el intruso de hace un rato ¿verdad? ¿Oíste los disparos? Fui yo quien hizo fuego, ¿no?

-¿Qué te ocurre, Shorty? -inquirió Grunder con acento de extrañeza-. ¡Claro que fuiste tú! ¿Es que alguien te lo niega?

Shorty se secó el sudor de la frente con el puño de su camisa.

-No, no -repuso-. No me lo niega nadie; es que tenía una pequeña duda... Perdona que te haya molestado. Buenas noches, Grunder.

CAPÍTULO II

Bertil VanDamme fue el primer miembro de «Centrolab» que pagó con su vida todo aquel cúmulo de consecuencias que se derivaron de la presencia del fantástico intruso Blodier. El joven piloto experimental pagó antes que ninguno la cuenta abierta con lo desconocido. Cierto que antes de que sucediera el triste accidente había centelleado, de modo casi sobrenatural, la gema adosada a la muñeca del inconsciente Blodier. Pero esto sólo lo advirtieron el doctor Garrick y uno de sus enfermeros, los cuales acusaron la correspondiente sorpresa pero no supieron -no les era posible saberlo- descifrar su terrible significado.

Bertil VanDamme acudió puntualmente aquella mañana al pequeño campo de aviación situado en el extremo sur de la isla. Vestía su equipo de vuelo y no parecía estar preocupado lo más mínimo ante la eventualidad de que el nuevo motor silencioso a reacción le fallara en el primer experimento. Su risueña faz sonrió a todos los presentes con aquel gesto simpático que le ayudó a familiarizar pronto con el resto de sus compañeros. Ágilmente subió a la carlinga del diminuto avión e hizo la señal de que estaba dispuesto para despegar. Eran las diez en punto, hora convenida de antemano por Mr. Arnold, cronometrador habitual de todas las experiencias efectuadas en «Centrolab».

El encargado de la torre de mando realizó las señales informativas de la dirección de despegue y velocidad inicial. Bertil VanDamme conectó el encendido del motor y dio un último repaso a los instrumentos del salpicadero. Luego echó un vistazo a través de la transparente cubierta para percatarse de que el cielo estaba despejado.

Una bandera amarilla ondeó breves instantes en el mástil más alto de la torre. Bertil soltó los frenos y el avión salió disparado casi verticalmente, rodeado de un silencio impresionante.

Y, de pronto, sucedió lo inaudito. Todos vieron al mismo tiempo cómo el aparato de Bertil se cruzaba en la trayectoria de un gigantesco avión de transporte recién surgido de la nada. El encontronazo no fue muy aparatoso, al menos para los asombrados espectadores. Un trozo de ala se desprendió del transporte e, inmediatamente, el reactor de Bertil entró en barrena.

La ambulancia y los servicios sanitarios salieron lanzados hacia el

extremo de la pista.

Una terrible explosión señaló el punto donde se acababa de estrellar Bertil.

El avión de transporte recobró difícilmente la posición natural y realizó un aterrizaje de emergencia sin novedad.

Se produjo el revuelo consiguiente en la pista. A. duras penas pudo ser rescatado el cuerpo carbonizado de Bertil VanDamme. La desolación imperó en todos los rostros.

En la, torre de mando, Mr. Arnold se encaró con el jefe de los servicios.

-¡Imbécil! -le apostrofó fuera de sí-. ¿No le ordené a usted que Bertil despegara a las diez en punto? ¡Le exigiré plena responsabilidad sobre lo ocurrido! ¡Ha obrado usted a su capricho desentendiéndose de sus deberes...!

-Perdone, señor -cortó Desmond Lee, encargado de la torre-. Debe haber algún error por su parte. Bertil despegó a las diez en punto.

El capitán Vander, comandante del transporte que originara la catástrofe, denegó con la cabeza.

-Eso que acaba de decir es una solemne tontería -dijo irritado-. Reconozca que el cronómetro de la base va retrasado y no se excuse. Mi avión tenía prevista la llegada a las once y tres minutos, y usted lo sabía. Treinta segundos antes del accidente, usted me dio el comunicado de campo libre para aterrizar.

-¡No es cierto! -exclamó Desmond Lee-. ¡Yo no le di ningún comunicado ni usted pidió permiso para aterrizar!

El capitán Vander palideció de ira. Volviéndose hacia uno de los aviadores presentes, preguntó:

-Le dio a usted la señal, ¿sí o no?

-Sí, señor -repuso aquél-. Merril oyó la voz del encargado. Además, no sé por qué estamos discutiendo. Todos podemos ver la hora que es en este momento... Las once y veinte.

Desmond Lee miró su reloj y se quedó boquiabierto.

-Un momento -objetó sin salir aún de su aturdimiento-, alguien más ha sufrido un error con respecto a la hora. Mi relevo corresponde hacerlo a las diez y Budd Hucko ya debería estar aquí...

-¡Peor todavía! -acusó Mr. Arnold-. A las negligencias hay que

añadirles el incumplimiento de servicio. ¿Dónde está Hucko?

En aquel instante, un individuo pelirrojo y de elevada estatura asomó cautelosamente la cabeza por la puerta de la estancia.

-¿Preguntaba por mí, Mr. Arnold? -inquirió temeroso de alcanzar su parte en aquella tormenta que se estaba desencadenando.

El jefe de «Centrolab» se giró, colérico, al oír la voz de Budd Hucko.

-¡Bertil VanDamme se ha matado! ¿Lo sabía usted?

-Presencié el accidente -repuso el oficial de señales-. Ha sido una verdadera desgracia lo ocurrido a ese chico.

-¡Un crimen! -rectificó Mr. Arnold-. Un asesinato cuya responsabilidad incumbe a Desmond Lee y a usted. ¿Por qué no efectuó el relevo a la hora dispuesta?

El pelirrojo operador miró de un modo raro a su jefe.

-Si aún faltan cinco minutos -se atrevió a objetar-. Son las diez y veinticinco.

El puñetazo que dio Mr. Arnold en la mesa hizo retemblar las paredes del aposento. Se contrajeron sus mandíbulas y sus ojos brillaron como carbunclos.

-¡Todo el mundo está loco aquí! -clamó perdiendo los estribos, cosa inaudita en él-. ¿Es que se han puesto de acuerdo para tomarme el pelo? ¿O acaso pretenden rehuir las consecuencias de esta catástrofe imperdonable? ¡Mire su reloj, Hucko!

Budd obedeció. Un grito de estupor brotó de su garganta al comprobar la posición de las saetas de su reloj.

-¡Las once y veinticinco! -susurró incrédulo-. ¿Tienes tú esa hora, Desmond?

La barbilla de Mr. Arnold se adelantó desafiante.

-¿Me toma por un embustero, Hucko?

-No... no, señor -balbuceó Budd-. Debo estar idiota de remate...

* * *

El fantástico sujeto continuaba inmóvil sobre la camilla fija del botiquín. Su único signo de vida era aquel rítmico y lento subir y. bajar del pecho, mantenido a. lo largo de las veinticuatro horas de reclusión.

Honvie, el enfermero de guardia, apartó la vista del libro que estaba leyendo para posarla sobre el paciente. En aquel momento, un resplandor

verdoso se produjo en el extraño brazalete que llevaba en su muñeca. El centelleo duró apenas, una fracción de segundo, pero fue lo bastante potente para desvanecer las dudas sobre una ilusión óptica.

Honvie se levantó y, precavidamente, encaminó sus pasos hacia el sujeto. Con todo detenimiento examinó el objeto cuya luz llamara su atención. Ahora estaba sin brillo, carente de transparencias y completamente frío. Un tanto nervioso, el enfermero regresó al sillón donde descansaba e intentó abstraerse nuevamente en la lectura.

Al cabo de unos minutos había olvidado el pequeño incidente. En realidad, aun siendo desconcertante, aquel detalle no constituía un hecho que revelara nada de particular. Honvie, a quien no faltaba imaginación, nunca pudo imaginar que el centelleo de la gema iba a ser el tercer paso que «Centrolab» daría hacia lo desconocido.

Honvie no lo sabía. Y Shorty Havers tampoco; aunque a éste le tocó desempeñar el papel principal de la tragicomedia.

Como todas las noches, Shorty efectuó su recorrido por los puestos de defensa de la isla. En esta ocasión tardó un poco más de lo corriente ya que no se pudo sustraer de escuchar los comentarios y discusiones en torno a los dos sucesos ocurridos en el plazo de unas pocas horas. Sobre las once y media se apeó del «Land Rover», dejándolo estacionado frente a la entrada del edificio destinado a los dormitorios. Después encendió un cigarrillo y se dispuso a entrar en el mismo. Sin embargo, una voz que sonó a sus espaldas le hizo detenerse petrificado por el asombro.

Se giró lentamente. La sangre se le heló en las venas al contemplar la esbelta y juvenil figura de Bertil VanDamme. Éste le sonreía amistosamente.

-¿Qué te ocurre, Shorty? -inquirió acercándose-. ¿Estás temblando?

Shorty tragó saliva dificultosamente. O estaba soñando o la realidad le hacía enfrentarse con un resucitado. Se pellizcó una pierna pero sólo consiguió hacerse un daño innecesario.

-¡Dios santo, Bertil! -exclamó-. ¿Eres tú de verdad?

El aviador llegó junto a él. Luego le cogió cordialmente por el brazo y le condujo hacia los oscuros jardincillos que adornaban la parte delantera del edificio.

-Te noto nervioso -dijo escrutándole fijamente-. ¿Acaso algún altercado con el jefe?

Realizando un esfuerzo sobrehumano, Shorty consiguió serenarse a medias. Una cosa trató de meterse en la cabeza: vivo o muerto, Bertil VanDamme no había cambiado nada con respecto a sus características esenciales. Su jovial actitud únicamente inducía a sentirse tranquilo, aunque su aparición estuviera revestida de un halo sobrenatural.

-Creí que estabas... fuera -repuso Shorty titubeante-; muy lejos de aquí, ¿comprendes? Ése fue el sobresalto. ¿Cuá... cuándo has venido?

Bertil sacó un paquete de tabaco del bolsillo y extrajo de él un cigarro al que prendió fuego calmosamente, sin dejar de observar a su amigo.

-Vine ayer de Los Ángeles, pero creí que ya te había saludado -replicó-. Estaré equivocado. ¿Qué novedades hay por aquí?

La extrañeza de Shorty experimentó un crecido aumento.

-¿No sabes lo de ese sujeto que traspasó anoche las barreras defensivas?

-¡No! -se admiró Bertil-. Cuéntame cómo fue ese milagro. ¿Era alguien de aquí dentro?

El sudor empapó las ropas de Shorty.

-No tiene importancia -contestó para evitarse una explicación que sólo conduciría a mayores confusiones-. Mañana, con más tiempo, te lo contaré.

Bertil inició el regreso al edificio.

-Mañana tengo un trabajo interesante -declaró-. He de probar un nuevo avión a reacción con motor silencioso. Tengo mis recelos al respecto; es como un presentimiento de que me va a suceder algo. La primera vez que me sucede, Shorty.

Shorty se secó el sudor de la frente con la bocamanga del uniforme.

-Estamos hoy a once, ¿no? --quiso saber. El tono de su voz no reveló la angustia que le dominaba.

-No -contradijo Bertil-. Mañana será once. Por lo que veo andas un poco despistado. ¿O tal vez es que Thelma absorbe por completo tus pensamientos? -esto lo dijo esbozando una sonrisa irónica.

-Tal vez sea eso.

Bertil se detuvo.

-Antes te llamé para pedirte un favor. Una muchacha me dio hace unos quince días este idolejo maya para que me diera la suerte. De entonces a acá efectué un vuelo y me falló el motor, no teniendo un percance por

verdadera suerte. ¿Querrás guardármelo hasta que termine el experimento de mañana?

Shorty tomó con cuidado un diminuto objeto de madera tallada representando una extraña cabeza rodeada de siete manos.

-Lo guardaré -accedió-. Recuérdame mañana que te lo devuelva.

Bertil le dio las gracias y después se despidió yéndose hacia el cobertizo del personal técnico de aviación.

Apretando fuertemente el idolejo en su mano izquierda, Shorty se encaminó hacia la residencia de Mr. Arnold. Si es que estaba loco o poseído por alucinaciones quería saberlo inmediatamente. En el caso contrario ya era hora de que alguien se tomara la molestia de comprobar que en la isla Tiburón sucedían cosas que pertenecían a. la categoría de sobrenaturales.

CAPÍTULO III

Entre las virtudes de Mr. Arnold ocupaba un lugar principal la de no desechar por absurda ninguna explicación o hipótesis que tuviera relación con «Centrolab». Siempre concedía un amplio margen de posibilidades para evitar las rectificaciones a destiempo, toda vez que la experiencia le había demostrado que lo extraño e inverosímil eran los factores primordiales de los grandes descubrimientos.

En la ocasión presente, y con respecto a los sucesos acaecidos en la isla, Mr. Arnold empezaba a preguntarse si no se hallaría ante un fenómeno de locura colectiva. Lo que al principio pareciera un error de Desmond Lee, luego se complicó sobremanera al confrontar los cientos de testimonios recogidos. No había forma de ponerse de acuerdo sobre la hora del accidente de Bertil VanDamme. De existir alguna explicación medianamente aceptable era la de que la sirena que anunciara el comienzo del trabajo hubiera sonado con una hora de retraso en cuyo caso tampoco se podía perdonar que el personal no se apercibiera. La teoría de Mr. Arnold era muy floja, carente totalmente de una base lógica... pero era la única que podía eximir de la irresponsabilidad a la comunidad que integraba la ciudad laboratorio.

Sin embargo, y pese a los buenos deseos de Mr. Arnold, la teoría se derrumbó estrepitosamente al escuchar éste el fantástico relato de Shorty Havers.

-De modo que acaba de hablar usted con Bertil. VanDamme, ¿eh? -Mr. Arnold procuró evitar toda nota de desconfianza en su voz. Por lo tanto es preciso que el piloto se haya recuperado de sus heridas en el corto plazo de unas horas. ¿Quiere telefonear al encargado de guardia del hospital?

Shorty esbozó una débil sonrisa.

-Bertil no estaba herido -respondió-. Estaba muerto, y bien muerto.

Mr. Arnold apoyó sus codos en el tablero de la, mesa despacho y miró fijamente al jefe de policía.

-¿Y cómo se explica eso, Havers?

Shorty apretó su mano derecha, donde escondía el idolejo maya.

-Bertil me entregó un objeto para que se lo guardara hasta después de su vuelo de pruebas. Esto quizá pueda demostrar algo. Mírelo...

Shorty abrió la mano derecha... y la mostró completamente vacía. Un escalofrío de terror recorrió su espina dorsal.

-¡Diablos, lo habré perdido! -exclamó recorriendo el suelo con la mirada-. ¡Si lo tenía aquí hace un minuto! ¿No se lo habré dado a usted?

En el adusto semblante de Mr. Arnold apareció una sombra de mordaz ironía.

-Debería hacerse repasar el sistema nervioso, Havers -le recomendó-. Esos fallos de la memoria pueden ser fácilmente corregibles, pero si los descuida acabarán por ponerle fuera de combate.

-En pocas palabras me dice usted que estoy loco -contestó Shorty, sardónico-. No le critico por ello porque quizá tenga razón. Sin embargo, yo juraría que me entregó el amuleto maya; era una cabeza rodeada por varias manos...

Mr. Arnold abrió el cajón de la mesa y extrajo un pequeño ídolo tallado en madera oscura.

-¿Algo parecido a esto? -inquirió sin apartar su mirada de las grises pupilas de Shorty.

El joven contempló el amuleto con ojos de alucinado.

-¡Es el mismo, sí señor! -confirmó-. ¿Ve usted cómo se lo entregué mientras hablábamos?

-Este objeto permanece en mi cajón, cerrado bajo llave, junto con todo lo que llevaba encima el pobre Bertil -contestó Mr. Arnold con paciente indulgencia-. Precisamente antes de que usted entrara en mi despacho lo estuve examinando. Hágame caso, Shorty: No le cuesta nada ponerse en manos del doctor Garrick para que éste le recete el específico adecuado. Hace varios años tuve una racha parecida a la suya y por verdadero milagro pude rehacerme. Si hubiera acudido a tiempo a un especialista, la cosa no habría pasado de ser un trastorno pasajero. ¿Me da su palabra de que lo hará, Havers?

Con gesto abatido, Shorty bajó la cabeza en señal de asentimiento.

Medio minuto después de que saliera del despacho, Mr. Arnold se puso en contacto telefónico con el doctor Garrick.

-Seguramente acudirá a su consulta Shorty Havers -le dijo en voz baja-. Creo que sufre alucinaciones, y según lo poco que entiendo de estas cosas, mucho me temo que hayamos perdido a uno de nuestros miembros más eficientes. Cuando le haya reconocido, envíeme inmediatamente su dictamen para obrar en consecuencia... Bueno, en realidad, no sé si serán alucinaciones

o visiones; Havers afirma que acaba de hablar con Bertil VanDamme... Sí, eso es... De acuerdo, Garrick; ya me contestará.

Media hora más tarde, el doctor Garrick le daba su categórica respuesta a Mr. Arnold.

-Shorty Havers está tan sano como usted o como yo. He probado con toda clase de detectores, le he sometido a la hipnosis artificial, le he sondeado el cerebro, y todo con el mismo resultado.

-¡Pero es imposible que haya estado con VanDamme! -objetó Mr. Arnold sintiendo crecer su excitación-. A menos, claro está, que sea yo la víctima de las alucinaciones.

La respuesta de Garrick llegó clara y concisa a través del auricular.

-Shorty Havers y yo acabamos de estar en el depósito, viendo el cadáver de Bertil VanDamme. Sobre esto no hay lugar a dudas; pero sobre la perfecta lucidez de Havers, tampoco.

-¿Entonces...? -Arnold no encontró palabras con las que expresar su estado de ánimo.

-Entonces, mi querido Arnold, ya tenemos otro problema con el que enfrentarnos. En el lugar de usted, yo seguiría contando con la valiosa ayuda de Shorty Havers, aunque esto no significa que descuidemos su observación. De lo que pretendo convencerle es de que, hoy por hoy, Havers nos es de vital utilidad.

-Está bien, Garrick -replicó Mr. Arnold colgando el auricular.

Luego, encendió un cigarrillo y se puso a meditar sobre el asunto. Inexplicablemente, sus pensamientos derivaron hacia Blodier, el fantasmal intruso de la isla Tiburón.

Derivaron hacia conclusiones irreales, conclusiones sorprendentes para un cerebro práctico como lo era. el de Mr. Arnold. Y en aquellos momentos en que su imaginación se desbordaba hasta alcanzar grados superlativos, la gema verde que Blodier llevaba adosada a su muñeca volvió a relampaguear por tercera vez...

* * *

Shorty Havers rebulló, nervioso, en su lecho. Hacía más de dos horas que se había acostado, y todo cuanto hizo para dormir no le procuró más que aumentos en su desasosiego. La suya no era una intranquilidad normal, derivada de acontecimientos pasados; era algo más oscuro y tenebroso lo que

atenazaba a su mente; algo como una preocupación sentida hacia hechos que todavía no habían sucedido. Le parecía tener todos sus sentidos alertados en una dirección desconocida, proyectados hacia el exterior. Veía sombras agitándose en la oscuridad, escuchaba ruidos lejanos, percibía aromas desconocidos, presentía colores y formas nunca imaginados...

Incapaz de soportar la tensión por más tiempo, Shorty encendió la luz. Momentáneamente renació la tranquilidad en su espíritu. Todo estaba en orden, en aparente orden y normalidad. Los dos relojes de la habitación señalaban la una y veinticinco de la madrugada; el suyo de pulsera marcaba la misma hora.

Los rumores de afuera seguían oyéndose; sonaban amortiguados, como susurros de brisa y rebullir de arbolados; de vez en cuando se escuchaba algo parecido al lamento de una bestia herida. Sonó ahora un estridente trompeteo semejante al de los elefantes...

Shorty empuñó instintivamente su fusil ametrallador. Sentía las palpitaciones del corazón como impactos materiales en la carne. ¿Estaría volviéndose loco? Todo aquello que le dijo el doctor Garrick, ¿no sería un cuento para persuadirle compasivamente de su normalidad?

Decidió salir de dudas. Tras apagar la luz de la habitación, y siempre portando el fusil, abrió la ventana que comunicaba con la rotonda que formaba el núcleo de jardincillos.

Un respingo se escapó de su garganta al contemplar el mágico espectáculo que se ofrecía a su vista. ¡Aquello sí que no podía ser realidad! Shorty reconoció con infinita angustia que su mente se había desbaratado por completo privándole hasta del poder de recepción ocular. Cuanto veía era falso, sin posible relación con lo verídico.

El sol estaba a punto de desaparecer por el horizonte. En lugar de edificaciones y jardincillos sembrados por la mano del hombre, sólo había una extensión pantanosa erizada de imponente maleza. La bruma que se cernía sobre el paisaje era muy espesa y daba la sensación de estar compuesta por gases semisólidos. Por entre los matorrales, sombras confusas se deslizaban con furtiva rapidez; sombras de animales que Shorty no dudó en catalogar de antediluvianos...

Mediante lo que podría definirse como un fenómeno inexplicable, Shorty dejó de sentir miedo para experimentar únicamente curiosidad

Si aquella era su locura, iba a penetrar en ella hasta ahondar en lo más recóndito; se formuló el firme propósito de llegar hasta el fin, aunque en el intento le fuera la vida.

Sujetando firmemente el fusil, pasó las dos piernas por el alféizar de la ventana y se dejó caer en la fangosa superficie exterior. El aire era cálido y húmedo; el suelo, poco propicio para aventurarse en un largo paseo de reconocimiento. Pero como se trataba de una alucinación, poco importaba sumergirse completamente en el pantano. Ya despertaría...

Valiéndose de la culata del fusil para abrirse paso entre el denso y exuberante follaje, Shorty caminó cerca de una milla sorteando las numerosas charcas en las que gorgoteaban infinidad de animalillos de especies desconocidas.

En una ocasión se volvió para contemplar aquello que había dejado atrás. Vio los edificios de «Centrolab» empequeñecidos por la grandiosidad de los .paisajes que los rodeaban. Ninguna luz brillaba en sus ventanas; toda la gente debía estar durmiendo.

Shorty se encogió de hombros filosóficamente y continuó avanzando, internándose hacia lo que parecía una selva de gigantescos árboles que, según las nociones botánicas todavía en recuerdo, debían pertenecer al período jurásico o quizá al cretáceo.

Una enorme bandada de raros pájaros negros pasó graznando a poca distancia suya. Volaban muy juntos y con gran lentitud, como si planearan en línea recta. A Shorty le entraron deseos de disparar contra ellos, pero se lo impidió el extraño temor de alterar la impresionante quietud del crepúsculo.

Uno de los mayores sobresaltos se lo llevó al distinguir, semioculto por la alta maleza, un cuerpo reptante de unas dos yardas de diámetro. Su primera impresión fue la de que se trataba del tronco de un árbol caído; sin embargo, rectificó pronto su error al comprobar el suave deslizamiento de aquella masa rugosa y pardusca. Supuso que sería una serpiente; pero una serpiente de tamaño escalofriante a juzgar por las proporciones del fragmento visible.

Sin atreverse casi a respirar, el joven Havers aguardó a que el monstruoso ser desapareciera de su vista. Después prosiguió su avance hacia el interior del bosque. La curiosidad continuaba ejerciendo sobre él una irresistible ansia de querer saberlo todo, de desafiar los peligros y de coronar

la aventura con el resultado más inesperado posible. No tenía prisas por regresar a «Centrolab»; la noción del tiempo y la distancia habían perdido todo su valor intrínseco para convertirse en meros factores imaginarios,

De pronto, al apartar con la mano una espesa red de lianas, llegó a su olfato un olor penetrante y desagradable. Y al mismo tiempo oyó un ruido delante de él y a su izquierda. Con pulso firme preparó el ametrallador dispuesto a disparar al primer síntoma sospechoso.

Hubo un movimiento entre el follaje. Shorty contuvo el aliento y aguardó expectante. Algo asomó entre los arbustos... aquel «algo» se transformó un instante más tarde en la cabeza del más grande de los devoradores de carne que han existido en el globo terráqueo: el tiranosaurio triónico.

El espanto no impidió a Shorty reconocer las características de la bestia. Precisamente no hacía mucho tiempo que contemplara una exacta reproducción hecha por el profesor Othenius Abel en el Museo Natural de Historia de Nueva York.

Aquel ejemplar debía tener unas ocho yardas de altura por quince de longitud. Se veían sus brillantes ojos, sus dientes de diez pulgadas y la gran papada que le colgaba desde la barbilla al pecho.

Shorty retrocedió lentamente mientras contemplaba cómo el tiranosaurio desplegaba toda su enorme corpulencia. No cabía hacerse ilusiones acerca de su actitud. Atacaría en el momento menos pensado...

Tratando de no llamar demasiado la atención, apuntó al cuerpo del animal antediluviano. Disparó por tres veces consecutivas. El tiranosaurio lanzó un tremendo y espantoso rugido, al sentirse tocado por aquellos insignificantes trozos de plomo. Sus mandíbulas se abrieron y la cabeza giró hacia arriba para descender con impresionante sacudida.

Shorty disparó una larga ráfaga y luego trató de saltar hacia un lado, retrocediendo. Se hallaba en un hueco de la maleza, profundamente escalonado en la parte de atrás. Al dar otro paso perdió el equilibrio rodando hasta el fondo. Un sordo chapoteo siguió a su caída. Al intentar incorporarse se vio apresado por un barro viscoso y caliente. Sus piernas comenzaron a hundirse sin hallar la más leve resistencia.

El tiranosaurio asomó la descomunal cabeza buscando al ser que interrumpiera su descanso. La tierra cedió bajo sus patas. Shorty alzó los

codos y descargó el resto de las municiones apuntando a los ojos de la bestia. Una lluvia de sangre le empapó el cuerpo, el resto de cuerpo que aún sobresalía del pantanoso encierro.

Los impactos habían sido mortales. El tiranosaurio se tambaleó al borde del foso y cayó hacia un lado, sobre un gigantesco magnolio que se quebró cual un arbusto insignificante. Sus rugidos atronaron el lugar con mayor estrépito del que habría producido el paso de una escuadrilla de aviones a reacción.

Shorty se olvidó pronto de su enemigo para concentrar su angustia en la situación que le arrastraba a una muerte inminente. El fango le llegaba ya a la altura de los sobacos. La opresión del pecho le dificultaba la respiración, habiéndose convertido ésta en un jadeo entrecortado cada vez más repetido. El inútil rifle había desaparecido. No transcurriría mucho tiempo hasta unirse a él en el fondo del nauseabundo pantano.

Inesperadamente, su visión se enturbió. Las imágenes danzaron ante sus ojos en demoníaca sucesión, alternándose lo falso con lo verdadero, lo vívido con lo soñado, y el pasado con el futuro...

Se despertó de golpe. Al abrir los ojos viose en su habitación, con la luz encendida y los rostros del doctor Garrick, de Thelma Whalton y de Grunder, el segundo jefe de policía de la isla, inclinados sobre él con expresiones que comprendían desde el asombro hasta el terror.

Shorty forzó una sonrisa de circunstancias.

-He debido de armar un escándalo formidable con mis gritos -declaró, disculpándose-. ¡Qué pesadilla más horrible, Dios mío! Les he despertado, ¿verdad?

-¿Dónde ha estado usted., Havers? -le preguntó el doctor Garrick, al parecer el más sereno de todos.

-Dando un paseo por el período jurásico -repuso Shorty intentando incorporarse, aunque tuvo que desistir para no forcejear con Grunder, que se lo impedía-. ¡Menuda lucha tuve contra un tiranosaurio! Creo que lo maté finalmente...

Los presentes cruzaron sus miradas significativamente. Shorty palideció de rabia al darse cuenta del detalle.

-Piensan que estoy loco, ¿no es cierto? -sus facciones se contrajeron en un gesto de dureza.

-No, Shorty -intervino Thelma, apaciguadora-. Nadie piensa de usted tal cosa. Lo único que nos intriga es verle en ese estado lamentable.

-¿De quién es esa sangre que le mancha toda la ropa? -preguntó el doctor Garrick-. ¿Y cómo es que va todo cubierto de fango?

La lividez se extendió por el semblante de Shorty. Aprensivamente agachó la mirada para contemplarse a sí mismo. No pudo evitar que un grito de estupor brotara de su garganta al comprobar que, efectivamente; la sangre y el fango le cubrían por completo.

-¿Dónde está mi fusil? -exclamó con el frenesí de un poseído.

-En ningún sitio -contestó Grunder-. Ya lo hemos buscado presumiendo que te habías metido en alguna aventura extraña.

Shorty saltó de la cama y apartando violentamente al grupo, abrió la ventana para otear el exterior.

-Es incomprensible... -murmuró, perplejo-. Todo está en orden, como si no hubiera ocurrido nada... Los jardines, el surtidor, la estatua de Lincoln...

Garrick se le acercó en silencio.

-Sí que es incomprensible, Havers -le dijo al oído-. En toda la isla no existe lugar en el que pueda haberse manchado de esa clase de lodo pantanoso. Nos encontramos ante algo diabólico, algo que hace estremecer con solo imaginarlo. Me temo, Havers, que estemos asistiendo al desencadenamiento de fuerzas completamente desconocidas.

-¿Se refiere a la brujería, doctor? -preguntó Grunder.

El médico se encogió de hombros.

-¿Y por qué no? ¿Tiene usted otra explicación más razonable?

Grunder asintió.

-Sí. Mi explicación se llama Blodier...

CAPÍTULO IV

Mike Mitchell fue el único hombre de «Centrolab» que fue capaz de hallar un denominador común a la fantástica serie de sucesos acaecidos durante aquellos trágicos días. Mitchell era un cerebro privilegiado, un individuo de percepción rápida y certera que no necesitaba ver dos veces las cosas para captar en ellas sus detalles más insignificantes.

Normalmente se ocupaba en dirigir las experimentaciones relacionadas con los vestidos de los futuros navegantes del espacio, rama científica en la que había alcanzado una envidiable reputación. Mitchell, además, atendía a otros mil problemas constantemente consultados por las distintas secciones de «Centrolab». Delgado y fuerte, de facciones muy viriles, Mike Mitchell no rehuía jamás el enfrentarse con las cuestiones más difíciles, llegando incluso a intervenir en aquellas en las que no era requerida su participación, como sucedió en la ocasión presente.

-Debemos considerar el triple enigma como uno solo -dijo resueltamente-. Factor único a determinar: el tiempo. «Centrolab» sufre la influencia de un generador de emisiones de tiempo alternadas. Ya sé que es absurdo lo que digo, puesto que en la Tierra no se conocen tal tipo de generadores ni se espera que existan hasta que alguien llegue hasta el final de las teorías de Einstein. Sin embargo, como los hechos demuestran que el tiempo se ha desbaratado en tres ocasiones que sepamos, no es ningún disparate pensar que en «Centrolab» sí existe un generador. Su origen no puede estar más claro: extraterrestre. ¿Quién lo ha traído? Esto es más sencillo todavía: el hombre que atravesó las dos barreras defensivas de la isla. Creo que le llaman ustedes Blodier. Ese es el marciano, venusiano o selenita, como deseen denominarle hasta que se descubra su verdadera personalidad.

Mr. Arnold se pasó una mano por la frente como si intentara borrar de su expresión el impacto emocional que le causara la disertación de Mitchell.

-¿Qué más consecuencias ha sacado, Mitchell? -preguntó con acento cansado.

-Dije que el problema, o mejor dicho los tres problemas, tienen un factor común que los convierte en semejantes, con ligeras variaciones. Veamos el primero: Bertil VanDamme se estrelló porque todo el mundo se confundió de hora en la base. Esto no es cierto; lo sucedido fue que el tiempo saltó una hora hacia adelante. Ya tenemos una variante: salto de tiempo sin

retroceso posterior. Segundo caso: Bertil VanDamme reapareció después de muerto, según le consta a Shorty Havers, justamente doce horas antes de que se produjese el accidente. En esta ocasión, el tiempo saltó hacia atrás exclusivamente para Bertil VanDamme, siguiendo después un reajuste horario gracias al cual Shorty Havers fue tachado de visionario. El fenómeno se realizó, pues, sin que quedara constancia material del mismo. Tercer caso: Shorty Havers asistió casualmente a un retroceso de millones de años localizado en una enorme extensión de terreno cuyo único límite conocido es esta edificación. Si Havers no hubiese salido de su aposento, nadie se habría enterado probablemente. Pero Shorty salió, dio un paseo a través del período jurásico o cretáceo, se metió en un apuro y el posterior reajuste de tiempo le devolvió a su lecho. Sus magulladuras, las huellas de lodo y sangre, y la pérdida de su rifle demuestran que este experimento tuvo sutiles variaciones a las que sería conveniente prestar una atención adecuada para conocer él alcance que puede revestir el cuarto caso.

Se produjo un silencio dramático en el despacho de Mr. Arnold. Thelma concluyó de tomar notas y paseó su mirada por los rostros .del doctor Garrick, de Shorty Havers y de Mike Mitchell. En la expresión respectiva de cada uno de ellos podía leerse la preocupación en su grado máximo.

-El cuarto paso... -murmuró Havers, abstraído-, ¡quién puede predecir siquiera cuándo tendrá lugar!

Las morenas facciones de Mitchell compusieron una sonrisa sardónica.

-Seguramente consistirá en la desaparición total de la Humanidad -declaró-. Tal vez será un salto hacia las épocas de formación del mundo; un salto sin retroceso, claro está. ¿Por qué no se lo preguntamos a Blodier?

Instintivamente, Mr. Arnold desvió su mirada hacia un enorme cuadro de luces que ocupaba el testero principal de la habitación. En cada una de las numerosas subdivisiones relucía una diminuta bombilla verde; en todas no... Una luz roja fulguraba en el ángulo inferior izquierdo.

Mr. Arnold dio un respingo al apercibirse de la anormalidad.

-¡Maldición! -exclamó incorporándose- ¡Algo ocurre en la sala hospital! ¡La señal de alarma está encendida!

-¡Blodier, que habrá vuelto en sí! -sugirió Havers, excitadísimo-. ¡Vayamos antes de que sea demasiado tarde!

* * *

Sergio Malonne era el enfermero de guardia aquella noche. Como a todos los que velaron al enigmático paciente, a él tampoco le hacía la menor gracia el obligatorio cumplimiento de su servicio. Últimamente habían corrido rumores extraordinarios acerca de la relación de Blodier con ciertos hechos no menos desconcertantes. Por otra parte, sus extensos conocimientos en el campo de la medicina le permitían considerar a Blodier como un sujeto de incomprensible comportamiento. Ni remotamente podía sospechar qué clase de enfermedad le aquejaba, ni cuál sería la crisis que sobrevendría más tarde o más temprano.

Solamente tranquilizaba a Sergio Malonne la circunstancia de que el paciente en cuestión estaba lo suficientemente bien ligado para que no pudiera echar a andar.

Su pequeña radio de transistores dejó de emitir música bailable para dar paso a un aburrido programa publicitario. Deseoso de escuchar algo más ameno, Malonne se levantó de la silla que ocupaba y marchó hacia la estantería que sustentaba al receptor. Su juvenil faz se alegró al sentirse en la habitación los exóticos compases de una rumba.

Al dar la vuelta para volver a su asiento, las facciones se le crisparon en un gesto de terror. Quiso gritar, pero pareció haber enmudecido de repente. La visión de Blodier incorporándose lentamente en la camilla le produjo un escalofrío continuo, como si se le hubiera helado la sangre en las venas.

El siniestro ser rompió las ligaduras sin esfuerzo aparente alguno; se descolgó por un lado de la camilla; permaneció rígido unos instantes mientras sus inexpresivos ojos asaeteaban al enfermero, y luego comenzó a andar hacia él. Sus movimientos eran torpes y carentes de humanidad; como un robot de carne y hueso se comportaba Blodier, el enigma de la isla Tiburón.

Sergio Malonne realizó un esfuerzo desesperado para volver a ejercer el. .dominio de su voluntad. Albergaba la convicción de que el redivivo paciente no quería atacarle, sino alcanzar la puerta situada a espaldas suyas. Si consiguiera apartarse de la trayectoria de Blodier quizá nada le ocurriera; pero sus piernas negábanse a obedecer los impulsos mentales; el espanto le paralizaba totalmente.

Con el rabillo del ojo, Malonne vio que se encendía la luz roja de alarma conectada con las ligaduras de la camilla. Angustiosamente se aferró a

la esperanza de que tal señal hubiese sido captada por los servicios de guardia. Tal vez llegaran a tiempo...

El gigantesco y deforme individuo continuó aproximándose; le separaban de él cuatro o cinco pasos a lo más... Su fría mirada no revelaba ninguna emoción; era la mirada de un muerto... Siguió avanzando; los brazos le colgaban a ambos lados del cuerpo con grotesco balanceo; sus pesados zapatos rechinaban al ser arrastrados por el suelo... La señal roja lanzaba intermitentes destellos contra la faz cetrina de Blodier...

Malonne quiso echarse hacia atrás en el último instante. Sólo logró tambalearse levemente.

De pronto, Blodier levantó con rapidez su brazo derecho para descargarlo con terrorífico impulso sobre la cabeza del despavorido enfermero. Éste se desplomó como fulminado por un rayo,

El agresor pasó por encima del inerte cuerpo y llegó hasta la puerta; después la abrió, giró la cabeza en las dos direcciones del oscuro corredor y se internó finalmente en una de ellas. El rechinar de sus botas fue ahora más veloz y acompasado, evidenciando una regular prisa. La oscuridad y el silencio le envolvieron...

* * *

-¡Tiene el cráneo fracturado! -dictaminó el doctor Garrick tras un brevísimo examen del estado de Malonne-. ¡Murió instantáneamente a consecuencia del golpe! ¡Salvajada mayor no he visto en mi vida!

El tableteo de una ametralladora ahogó las últimas palabras del galeno.

-¡Ha sonado fuera, en los jardines! -exclamó Shorty desenfundando su revólver automático-. ¡Acompáñeme, Mitchell!

-¡Vamos todos! -decidió Mr. Arnold-. Usted, Thelma, quédese...

-Yo voy también -interrumpió la joven-. ¡Cielos, están sonando las sirenas de alarma!

-¡Eso quiere decir que el fugitivo se acerca a la primera barrera defensiva! -señaló Shorty, echando a correr en dirección a la salida del pasillo-. ¡Impediremos su huida aunque sea lo último que hagamos en esta vida!

El grupo salió atropelladamente del edificio. Un centinela se les acercó. Tenía el rostro demudado.

-¡Es inmune a los disparos! -explicó-. ¡Martyn le ha descargado dos ráfagas encima... y nada!

Shorty le asió del hombro señalándole la torre de controles.

-¡Avisa que cesen de funcionar las barreras defensivas! -le ordenó-. ¡Di también que enciendan todos los proyectores de la isla...!

Otras ametralladoras crepitaron a bastante distancia del grupo. Un «Land Rover» tripulado por tres hombres acudió hacia ellos deteniéndose con un brusco frenazo.

-¡Todos los edificios de experimentación nuclear han desaparecido! -informó el más joven de los policías-. ¡Allí sólo queda barro y llamas!

La tierra retembló violentamente durante varios segundos. El doctor Garrick fue el primero en darse cuenta del desastre que ello representaba.

-¡Miren allí! -exclamó, señalando el lugar donde se alzara el pedestal dedicado a la memoria de Lincoln-. ¡Es espantoso...!

Todos dirigieron sus miradas a aquel sitio. Realmente, el espectáculo rebasaba con creces el dramatismo de ocasiones anteriores. Los bellos jardines habían desaparecido, siendo sustituidos por una hirviente masa de barro en la que se debatían multitud de enormes bestias de las que el hombre jamás tuviera noticia.

-Esto es el fin del mundo...-musitó Thelma aferrándose inconscientemente al brazo de Shorty-. Que Dios se apiade de nosotros...

CAPÍTULO V

El «jeep» se puso en marcha, atiborrado de carga humana. Su conductor, imprimiendo notables muestras de nerviosismo a cada maniobra, lo dirigió por la única vereda transitable que, al parecer, quedaba en la pequeña isla. A ambos lados el suelo iba perdiendo su firmeza, ora esponjándose para reventar en volutas de barro y cieno, ora quebrándose con sordos estampidos. La configuración del cielo también estaba experimentando profundos cambios; la estrellada negrura anterior habíase transformado en un denso manto anubarrado por el que se filtraban resplandores rojizos y amoratados. Un murmullo como de tormenta lejana había sustituido al crepitar de las ametralladoras y a los gritos de alarma de les centinelas.

-¡Dese más prisa, Billy! -apremió Shorty Havers al chófer del «Land Rover»-. ¡Hay que evitar que se nos escape!

-Ahora se le ve otra vez -dijo Mike Mitchell señalando el final del recodo que acababan de doblar. Eso que brilla en su muñeca izquierda debe ser el generador del que les hablé. No parece haberse dado cuenta de que le seguimos.

-O le tiene sin cuidado -objetó Mr. Arnold-. Pero ya está llegando a la orilla; ¿cómo se las arreglará para salir de la isla?

-No hay ninguna orilla -contestó Mitchell-. En la época en que estamos situados, la isla de Tiburón y California son todo un mismo bloque. ¿No notan que han desaparecido los acantilados?

El «Land Rover» alcanzó en aquel momento su mayor velocidad. El enigmático fugitivo se destacó a la luz de los potentes faros a una distancia aproximada de unas treinta yardas. Caminaba de prisa y aparentemente ajeno a la persecución. Un continuo resplandor verde desprendíase de su brazo izquierdo, produciendo el efecto de que las oscilaciones correspondían al ritmo de sus pasos.

Una mano de Shorty apoyóse en el volante del «jeep».

-Más despacio ahora -advirtió al conductor-; limítese a mantener la misma distancia.

-¿Esto es un sueño o una realidad? -interrogó Thelma buscando, angustiada, la mirada de Shorty-. Me siento incapaz de imaginar siquiera a dónde vamos a ir a parar.

-Creo que todos estamos igual -repuso Havers tratando de poner en

sus palabras un acento jovial-. Lo principal es que todo este desbarajuste no nos afecta por el momento.

-Pero... ¿y eso? -Thelma señaló la pantanosa espesura que habían dejado atrás, lugar en el que anteriormente se hallara «Centrolab»-. ¿Qué habrá sido de nuestros amigos y compañeros, de los talleres y fábricas, de todo lo que había allí?

-En algún sitio del tiempo seguirán viviendo -apuntó Mike Mitchell-. Tal vez nada haya variado para los demás, y sólo seamos nosotros los desaparecidos. Éste es un suceso relativo. Supongo que quizá dentro de unos instantes todo volverá a su sitio. Yo no me siento en absoluto preocupado; a decir verdad, casi me alegro de protagonizar esta aventura. ¿No piensa usted así, Mr. Arnold?

-Es posible que tenga usted razón -replicó el director de la ciudad laboratorio-; sin embargo, hubiese preferido que Blodier eligiera para su experimentación otro lugar más alejado...

-¡Chist! -advirtió el doctor Garrick-. ¿No es eso una astronave?

-Detenga el motor -ordenó Havers al conductor-. Me parece que nuestro hombre ya ha llegado a su destino.

Efectivamente, el fugitivo acababa de desviarse hacia un pequeño calvero recubierto de achaparrada vegetación. La tornasolada oscuridad permitía distinguir la enorme silueta de un artefacto cilíndrico cuyo cono apuntaba diagonalmente al cielo. Por su forma y dimensiones se asemejaba a un proyectil «Vanguard», aunque tal vez su diámetro fuera un poco mayor.

Cuatro esferas plateadas constituían la base en que se sustentaba.

Havers se apeó el primero. En su rostro de rasgos enérgicos se leía una extraña determinación.

-Creo que las circunstancias han extinguido el contrato que me unía a «Centrolab» -declaró dirigiéndose a Mr. Arnold-. Desearía me dijera si lo considera usted así.

Mr. Arnold hizo un complicado encogimiento de hombros. Luego preguntó:

-Quiere trabajar por su cuenta, ¿no es cierto?

-Sí, señor.

-¿Y qué es lo que se propone?

Shorty indicó con un gesto la figura de Blodier, que en aquel instante

se encaramaba por una escalerilla hacia la parte central del misterioso objeto.

-Quiérase o no, hemos de admitir que nuestras vidas ya no tienen razón de ser «aquí» -contestó-. Mi intención es acompañar a Blodier en su viaje.

-En su viaje, ¿a dónde? -quiso saber Mitchell.

Una casi imperceptible sonrisa aleteó en los labios de Shorty.

-Si lo supiera, amigo, me faltaría poco para ser adivino. No puedo esperar más, señores. Y usted, Thelma, si alguna vez piensa en lo que le dije, no lo eche a perder imaginando que fue un capricho pasajero. En el siglo veinte como en el período jurásico, mis sentimientos no han variado. Adiós a todos...

Shorty dio media vuelta y comenzó a correr hacia el calvero.

-¡Shorty!

Al grito de Thelma, Havers se detuvo volviéndose. A pesar de la oscuridad, en su rostro pudo apreciarse la ansiedad.

-¿Qué hay, Thelma?

La joven echó a correr hacia él.

-Me voy con usted -dijo inesperadamente-. Me espanta la sola idea de quedarme en este mundo.

Del grupo se destacó otra figura que se aproximó rápidamente a la pareja.

-Y yo también voy -decidió Mike Mitchell sonriendo-. ¿Nos dará Blodier pasaje para los tres?

-¡Es una locura! -exclamó Mr. Arnold-. ¡No regresarán jamás de ese viaje! ¡Blodier acabará con ustedes antes de que pongan los pies dentro!

El doctor Garrick se giró hacia los otros ocupantes del «jeep».

-Es una buena ocasión para la juventud -declaró con manifiesta amargura, ya que lamentaba no tener coraje suficiente para unirse a la aventura-. Si yo tuviera la edad de ustedes...

Nadie le respondió. Todas las miradas estaban fijas en la gigantesca mole metálica, ahora iluminada interiormente, hacia la que se dirigían apresuradamente Thelma, Havers y Mitchell.

Todavía la escalerilla continuaba adosada a su estructura, concluyendo la parte superior en una gran abertura circular por la que se había introducido Blodier, el sobrenatural ser dotado de la facultad de convertir el

tiempo en un elemento susceptible de ser transmutado a su gobierno.

Mr. Arnold fue el único que siguió gritándoles histéricamente hasta que sus tres siluetas desaparecieron por la escotilla. Un minuto más tarde, ésta se cerró silenciosamente. Se acentuó el resplandor interior, y un suave murmullo de motores comenzó a oírse.

Casi inmediatamente, ante las asombradas miradas del grupo, el supuesto vehículo espacial quedó envuelto en una llamarada de infinitesimal duración. Después, el calvero apareció totalmente vacío, sin huellas que delataran la existencia anterior de la mole metálica.

* * *

-Me parece que hemos cometido un error -declaró Mike Mitchell sin apartar su mirada del tragaluz a través del cual divisaba el paisaje que acababan de abandonar-. «Centrolab» está allí abajo, igual que antes. Se ha producido la vuelta al siglo veinte...

Shorty y Thelma acudieron simultáneamente a comprobar la aseveración de Mitchell pero éste les contuvo con un gesto de desaliento.

-Ya no verán nada -dijo-. Nada, excepto la redondez de la Tierra. No entiendo de medidas astronómicas pero me atrevo a asegurar que a esta velocidad saldremos muy pronto de la atracción terrestre.

Shorty se restregó los ojos.

-Quisiera estar cierto de una cosa: ¿Nos habremos vuelto locos de remate? Vosotros, y permitidme que en estas circunstancias me apee de toda clase de tratamientos, ¿creéis que esta aventura es posible?

-Es absurda... pero completamente real -contestó Thelma-. Sé muy bien cuándo estoy soñando.

Shorty se palpó sus vestiduras.

-¿Y las leyes, de gravedad y aceleración? Yo no siento absolutamente nada; puedo respirar, moverme y hablar... ¡Si debería estar muerto por millares de razones que nosotros mismos hemos demostrado infinidad de veces en «Centrolab»! ¡Y vosotros también! ¡Por cien mil diablos, Mitchell, haz el favor de explicármelo!

-Con arreglo a la lógica, yo tendría que estar maravillado por muchas cosas y muerto a la vez; sin embargo, sólo siento cierta inquietud acerca de los planes que ese sujeto haya hecho sobre nosotros; más que inquietud casi podría decir que curiosidad.

Las tres miradas se volvieron hacia Blodier. Éste se hallaba inmóvil en el interior de una cabina transparente, al parecer ocupado en el sencillo mando de la nave. Desde aquel momento en que se iniciara la persecución en «Centrolab», había dado la sensación de no apercibirse de nada de lo que sucedió a su alrededor. A juzgar por su increíble conducta, diríase que ni siquiera sabía de la existencia de tres polizontes.

Shorty fue el primero que volvió a prestar atención al ojo de buey situado en la popa del vehículo sideral. Sus correctas facciones se distendieron en una expresión de ansiedad.

-Hemos perdido de vista la. Tierra -informó-. Tampoco es posible esta velocidad...

-Sobre eso ya me siento más inclinado a divagar con cierto asomo de verosimilitud -replicó Mitchell-. Admitiendo que existe una civilización capaz de convertir el tiempo en un elemento transitable en dos direcciones, el factor velocidad no hay que considerarlo como inmutable sino susceptible de ser eliminado total o parcialmente. La teoría del japonés Ohinahy Togo expone algo parecido. Este científico afirma que es errónea la creencia de que únicamente hay tres dimensiones aplicables a los cuerpos sólidos. Según sus complicados teoremas son once las dimensiones, y una de ellas, demostrada por eliminación de las otras diez, resume las propiedades de la inercia al vacío absoluto, un vacío hipotético puesto que escapa a la facultad del hombre suponer siquiera que exista. Pero a ello vamos, a suponer su existencia... Mejor dicho, pondré un ejemplo sencillo para no cansar vuestras mentes. Imaginad un problema de matemáticas para cuya resolución manual por un calculador se necesitaran diez horas seguidas de trabajo. Coged ese mismo problema e introducid los datos en un cerebro electrónico; apretáis el pulsador que da la respuesta, y en cinco segundos la solución aparecerá sin un error. La velocidad ha sido prácticamente suprimida en virtud de un mecanismo que podría definirse como vehículo transportador de cifras. Ahora bien, cambiemos los términos del problema: se trata ahora de conseguir recorrer la distancia de un punto a otro, separados ambos por una distancia de millones de millas; sustituyendo la máquina calculadora, se introducen los datos necesarios en un ingenio capaz de producir ese hipotético vacío absoluto y el trayecto queda recorrido en el tiempo que tarda en facilitar la solución, eliminándose el factor velocidad. Tosco el ejemplo pero sencillo. ¿Lo habéis

comprendido?

Shorty se rascó la cabeza pensativamente.

-Vamos a ver si es esto lo que quieres decir -expuso-: el cerebro electrónico es el vehículo transportador de cifras; por lo tanto, el vacío absoluto es el transportador de «tiempo»...

-¡Exacto! -confirmó Mitchell-. Has asimilado la idea perfectamente; te das cuenta de que, a la vista de los experimentos llevados a. cabo por nuestro amigo Blodier, el tiempo es un elemento «sólido» que se puede alargar, cortar, romper, pulverizar y desintegrar...

La entusiasta exposición de Mitchell quedó interrumpida por el respingo que dio Thelma. Alarmados, se volvieron para ver lo que le sucedía, percatándose con asombro de la causa del sobresalto. El panel transparente que separaba la cabina del resto de fuselaje habíase corrido hacia un lado y Blodier estaba en el umbral observándolos fijamente.

Shorty sacó del bolsillo el revólver automático. Era el único del grupo que iba armado, aunque en aquel momento presintió que en poco difería su situación de la de sus compañeros.

-¡Si por lo menos hablase! -musitó Mitchell adelantándose a Thelma para cubrirla con el cuerpo-. ¡Jamás he visto un ser tan horrible!

-Si da un paso más le dispararé -declaró Shorty con fría resolución.

-Todavía ignoramos si su actitud es hostil o amistosa -objetó Mitchell-. Matándole desaparecerían todas las probabilidades de regresar... o de llegar a algún sitio.

-Bertil VanDamme murió -dijo Shorty entre dientes. Esta sola frase reveló el odio implacable que sentía.

Blodier abandonó el umbral en dirección al grupo. Su andar resultaba, por grotesco, más amenazador todavía. Sus acerados ojos parecían mirar a la vez a los tres terrestres; sus brazos colgaban, inertes, a ambos lados del descomunal cuerpo; crujían metálicamente sus botas sobre el abrillantado suelo del pasillo; su expresión era inmutable, cual la de un cadáver...

Shorty se adelantó un paso para cubrir a sus compañeros.

-¡No se mueva o disparo! -gritó amartillando el revólver. Era una orden desprovista de sentido y como tal sonó.

Blodier siguió avanzando; uno de sus brazos se tensó hacia adelante con un rapidísimo movimiento.

Shorty apretó el gatillo. Un chorro de sangre brotó del pecho de Blodier; sin embargo, ningún gesto alteró su horripilante faz. Su brazo derecho ya casi tocaba a Shorty que, incrédulo, veía extenderse la gran mancha roja sobre la oscura vestidura. Ahora sí que no le cabía la menor duda de que aquel ser era vulnerable.

En el momento en que Blodier iniciaba otro paso adelante, Shorty volvió a disparar, esta vez al cráneo. Inmediatamente se agachó siendo esta acción la que le salvó la vida, pues algo pasó con terrorífico impulso al ras de sus cabellos.

Dio un salto atrás y se incorporó presto a hacer fuego otra vez. Le invadió la aprensión al contemplar la sangrienta brecha que le destrozaba el parietal izquierdo. Blodier debería estar muerto ya; a pesar de ello, mostrábase inconmovible como una roca; sus ojos brillaban con la intensidad del acero al rojo vivo.

Mitchell salió de su pasividad adelantándose a Shorty y acometiendo al individuo con un formidable cabezazo al estómago. Las dos garras de Blodier le asieron por la cintura, levantándolo con la misma facilidad que si fuera un muñeco de trapo. Mitchell dejó escapar un rugido de dolor al mismo tiempo que el revólver de Shorty crepitaba repetidamente.

Los impactos no impidieron al extraordinario ser proyectar a Mitchell hacia atrás. El cuerpo de éste se estrelló con formidable estrépito contra el muro final del pasillo, quedando inerte junto al umbral que lo separaba de la cabina.

Shorty comprobó, horrorizado, que el percutor de su pistola golpeaba en falso. A su espalda sentía la respiración jadeante de Thelma. Delante, Blodier le cerraba el paso con los brazos extendidos, dispuesto a fulminarle. Estaba irremisiblemente perdido. Un segundo más y todo habría terminado...

Sin saber por qué, miró a su alrededor, quedando su vista prendida de la escotilla que daba al exterior. Las estrellas habían desaparecido; una tenue luz blanquecina sustituía a la oscuridad anterior. Esto no podía significar más que una, cosa: ¡el viaje había concluido!

Los pensamientos de Shorty quedaron relegados al olvido ante la nueva ofensiva de Blodier. De pronto vio venir su puño derecho e intentó esquivarlo ladeando la cabeza. Su acción fue tardía.

Shorty sintió como si su cerebro hubiese sido rasgado por una cuchilla

incandescente y subdividido en millones de trozos que se convirtieran a la vez en cegadoras luminarias. Después sobrevino la oscuridad absoluta; luego, un alarido de dolor, y finalmente, el silencio.

CAPÍTULO VI

-Te queda poco tiempo para referir tus experiencias. Habla de prisa, Blodier; dinos si la Tierra es apta para realizar el trasplante.

Shorty creyó estar soñando al escuchar estas palabras perfectamente pronunciadas en inglés. Por un instante luchó contra la tentación de abrir los ojos para percatarse de quién estaba hablando con el monstruo que pilotara la astronave. Finalmente se decidió por seguir fingiéndose inconsciente, pese a su apremiante deseo de saber si Thelma y Mitchell vivían aún.

-La Tierra es apta para el trasplante -contestó la voz gangosa y forzada de Blodier-; su atmósfera y su medio ambiente difieren muy poco de los de Hankhar. Todas las reacciones del «Disociador Tiempo» fueron positivas. Será posible borrar a la Humanidad terrestre, trasladando el planeta al segundo período, donde sólo se encuentran especies primitivas fácilmente domesticables...

-Continúa, Blodier -le acució otra voz-. ¿Comprobaste si la civilización de la Tierra se halla en condiciones de oponernos resistencia?

-El hombre está ahora en el período quinto... No conoce... todavía la disociación de los elementos abstractos... -contestó dificultosamente el interpelado-. Acaban... acaban de disociar el átomo... Sus medios defensivos son rudimentarios... Intentan enviar proyectiles a su satélite...

-Es suficiente. Dinos por qué han venido estos terrestres.

-No lo sé. Ellos se metieron dentro...

-Te construimos para que cumplieras órdenes, no para que tomaras iniciativas. ¿Han introducido alguna modificación en tu cerebro?

Blodier tardó algunos instantes en contestar. Desde donde estaba, Shorty creyó percibir una serie de sonidos que podían interpretarse como estertores agónicos.

-No... -replicó al fin-. Cumplí vuestro mandato; cuando los terrestres entraron... no supe qué hacer. Luego me atacaron...

-Te han matado, Blodier. Pero no importa; ellos nos serán de utilidad; los enviaremos a rescatar al Sumo Haron. Ya has muerto...

A esta última afirmación siguió un murmullo ininteligible que fue correspondido por otro sonido análogo pero un poco más grave.

Shorty se preparó para asistir a la mayor revelación de su vida. En el momento en que abriera los ojos contemplaría una nueva forma inteligente de

las que ahora ya no le cabía duda existían en el Universo. Durante unos minutos trató de anticiparse mentalmente a lo que podrían ser aquellos individuos extraterrestres. Era obvio que no tenían semejanza con los humanos, puesto que utilizaron su ciencia para «construir un ejemplar» que les sirviera de espía en la Tierra. Su imaginación le falló estrepitosamente; fuera de todas las descripciones que recordaba haber leído en los relatos fantásticos, ninguna idea nueva se le ofrecía. No lo pensó más...

Entreabrió los ojos ligeramente, sin alterar un ápice su postura, incluso conteniendo la respiración.

-¡Y entonces los vio! Habían dos rebullendo en el estrecho pasillo, junto al ensangrentado cadáver de aquel hombre artificial. No fue muy grande la sorpresa de Shorty, pues tales seres correspondían exactamente a los bocetos futuristas creados por la mayor parte de los biólogos. Eran hombres, sin discusión alguna; muy bajos, como pigmeos, de cuerpo y extremidades excesivamente delgados y enorme cráneo desprovisto de cabellos; la piel de su tez era blanca nacarada, destacando sobremanera los dos ojos telescópicos que sobresalían como cosa de un par de pulgadas sobre la casi inexistente nariz. Recubrían completamente sus cuerpos ajustados vestidos de una materia brillante de aspecto metálico. Los brazos, muy largos, poseían la elástica flexibilidad derivada de la carencia de articulaciones; remataban estas extremidades las respectivas manos, curiosos miembros dotados de innumerables ramificaciones. Otro detalle importante que captó Shorty fue el arma de estilizadas líneas sujeta al cinturón de cada individuo.

Shorty cerró los ojos al percatarse de que se aproximaban. Sus lentos pasos repercutieron en la astronave con extraña sonoridad.

-Nos servirán como meros instrumentos pues sus inteligencias deben ser muy medianas -dijo uno de ellos, con purísimo acento inglés-. No puede haber mayor primitivismo en sus cráneos y en la configuración de sus manos.

-Acaban de inventar la bomba atómica -ironizó el otro sujeto-. Todavía tienen que pasar muchas centurias para que se desprendan de las teorías euclidianas. De todas formas nos servirán para intentar el rescate del Sumo Haron. Sería interesante saber cuándo recobrarán la actividad. El llamado Shorty Havers parecía el más próximo a conseguirlo. Fíjate en la reacción de este nervio.

Shorty relajó inmediatamente su cuerpo a fin de evitar que tal

reacción se produjera demasiado viva delatando su estado consciente.

Sintió una punzada ardiente en el antebrazo izquierdo. Su esfuerzo de voluntad obtuvo el efecto apetecido.

-Es curioso -habló uno de los extraterrestres-. Ha debido sufrir una recaída. Creo que lo mejor será trasladarlos a un equipo reanimador. ¿Cuándo dijo Trayhos que volvería?

-Pronto. Espero que el Autarca acepte el plan propuesto por Trayhos y no sacrifique a los terrestres hasta probar su utilidad.

-No los sacrificará hasta que lleven a cabo su misión. De todas maneras no tienen probabilidades de escapar del cataclismo.

-Salgamos fuera a esperar a Trayhos; me molesta la visión de los terrestres.

Shorty oyó girar los pies de los hombrecillos y abrió los ojos. Se hallaban de espaldas y se dirigían hacia la escalerilla que asomaba por la abertura de proa. Llevado por un impulso instintivo se puso rápidamente en pie abalanzándose contra ellos. Sin darles tiempo a reponerse de la sorpresa golpeó a la vez sus cabezas con sendos puñetazos. Ambos se desplomaron sin conocimiento.

-¡Bravo, Shorty! -gritó la inconfundible voz de Mitchell-. ¡Les has enseñado una muestra de nuestro primitivismo!

Havers se volvió jubilosamente sorprendido. Y aún fue mayor su alegría al ver incorporarse a Thelma .

-¿Os encontráis bien? -inquirió innecesariamente-. He pasado un rato terrible figurándome que os habría ocurrido lo peor.

Mitchell y Thelma se acercaron sacudiéndose las ropas.

-Los tres tuvimos la misma idea -dijo el primero-. Yo también estuve esperando el instante propicio para calentarles los sesos. Bueno, ¿no me decís nada de este planeta?

-Condiciones gemelas a las de la Tierra, rescate del Sumo Haron, perfecta pronunciación del inglés y el sacrificio de nuestras vidas -repuso Shorty con sorna-. Cuatro bonitos detalles como para pensar otra vez si seremos víctimas de una pesadilla. No es posible, amigos; hacedme caso, estarnos todavía en «Centrolab» y alguien nos ha gastado una pesada broma drogándonos. Siempre dije que en «Centrolab» había más de un cerebro trastornado. ¿Qué opinas, Thelma?

La joven sonrió.

-Te doy toda la razón, pero soñada o no, para mí ésta será la aventura más emocionante que pueda darse. Entreguémonos a ella y que sea lo que Dios quiera.

Mitchell la miró embelesado.

-Eres una mujer adorable -le confesó sin reparar en el gesto hosco de Shorty-, Permíteme que te revele un secreto que guardo desde hace mucho tiempo: estoy enamorado de ti. ¿Consientes en que en esta aventura me erija en el caballero galante que te defenderá del fabuloso dragón, a cambio de una promesa de matrimonio? Una palabra tuya y me harás el más feliz de los hombres.

Thelma posó su vista en Shorty con una expresión en la que asomaba la coquetería.

-¿Permites tú que Mitchell sea mi paladín? -interrogó.

-Sea... mientras demuestre sus merecimientos -accedió rencorosamente.

-Sea pues -confirmó Thelma con cierto despecho-. Comencemos ahora por el dragón antes de que se presente Trayhos.

Aquel milagro de juvenil inconsciencia y de acatamiento a los designios del destino dio paso al sentido de la responsabilidad. Fue Shorty, quizá el único desengañado, quien acometió la primera tarea. Arrodillándose junto a los desvanecidos pigmeos los examinó atentamente.

-Supercivilización -declaró-. Órganos digestivos de completa asimilación, carencia del sentido auditivo, pupilas telescópicas, y casi me atrevería a afirmar que no poseen dientes ni lengua...

- ¡Imposible! -negó rotundamente Mitchell-. ¿Acaso no les oíste hablar?

Ante la aprensiva mirada de Thelma, Shorty procedió a entreabrir la diminuta boca a uno de los individuos.

-¡Ahí lo tienes! -exclamó triunfalmente-. Una cavidad completamente vacía y sin utilidad práctica. Dentro de cientos de generaciones, la evolución natural hará que desaparezca este órgano. Ni tú ni yo les oímos hablar, mi querido Mitchell. Lo que hicimos fue captar sus pensamientos. Y de ahí nuestro error de creer que se expresaban en inglés.

Mitchell se rascó la oreja.

-Hay una teoría acerca de eso -dijo-; si el aire es propagador del sonido, ¿por qué no tiene que existir un medio ambiente que propague los pensamientos?

Shorty desprendió de los respectivos cintos aquellos extraños objetos parecidos a alargados revólveres.

-Quizá nos sean útiles -comentó entregando uno de ellos a Mitchell-. ¿Cómo diablos se dispararán?

Mitchell se adelantó unos pasos y apuntó a través de la abierta escotilla de proa. En vano probó de mil maneras a disparar.

-No nos sirve para nada -aseguró desconcertado-. Déjalo, Shorty; podemos dedicarnos a algo más práctico. A descubrir ese mundo que nos espera ahí fuera.

La expresión cavilosa de Shorty se transformó en el gesto revelador de .haber descubierto un precioso secreto.

-Voy a probar yo. ¿Quieres pasar un momento atrás?

Mitchell regresó junto a Thelma.

-No me irás a decir que has encontrado el gatillo -declaró con acento sardónico.

-Quiero hacer un disparo -murmuró Shorty.

Un agudo silbido hendió el aire a la misma vez que el cadáver de Blodier se convertía en una nubecilla de humo.

Shorty se volvió muy pálido hacia sus compañeros.

-El pensamiento actúa como percutor -explicó-. Sólo hay que darle una orden a la pistola. Esto es espantoso, amigos míos. No quiero ni imaginar a qué terrible extremo han llegado estos monstruos de la ciencia. ¿Qué es lo que habrá fuera de las paredes de la astronave?

-¿Apuntaste a Blodier? -preguntó Thelma, más pálida si cabe que su compañero.

-No apunté a ningún sitio; di la orden antes de elegir el blanco...

Mitchell se guardó el mortífero artefacto en uno de los bolsillos de su pantalón.

-Prosigamos la aventura sugirió nerviosamente-. Todo es preferible a la pasividad. ¿Salimos de una vez?

-Respetándoles la vida, quizá obtengamos mayor benevolencia a nuestra visita -intervino Thelma-. Ellos sabrán que les hemos perdonado la

vida.

-¿Y éstos? -Shorty señaló a los inertes hombrecillos.

Shorty asintió. Después caminó hacia la escotilla delantera. Por primera vez reparó detenidamente en el interior de la astronave, aunque bien poco era lo que merecía el examen. Largas paredes lisas, de una substancia parecida al amianto, formaban el destartalado fuselaje. Algunos remaches indicaban la posibilidad de que existieran compartimientos anexos, no siendo posible distinguir, a cambio, ninguna clase de uniones. La cabina de mando era igualmente muy sencilla, estando provista sólo de un gran dial conteniendo varias figuras geométricas y una palanca en la parte inferior, movible en cuatro direcciones. El sistema de iluminación resultaba un impenetrable misterio por la ausencia de fuentes propagadoras de claridad. Shorty se abstuvo de formular preguntas al respecto, temeroso de que Mitchell se explayara en alguna de sus interminables explicaciones pseudocientíficas.

Seguido de sus amigos, Shorty llegó hasta la circular abertura. Antes de asomarse al exterior comprobó que el reborde inferior correspondía a la escalerilla descendente.

-¿Quién abre la caja de Pandora? -interrogó sarcástico-. A ti te corresponde el honor, Thelma... o a ti, esforzado paladín.

Impaciente y nerviosa, la joven se abrió paso entre los dos hombres y se asomó apoyando las manos en el marco de la escotilla.

Shorty vio el cambio de su expresión y la asió fuertemente por la cintura para evitar su caída afuera. Al mismo tiempo, incapaz de contener su impaciencia, dirigió una rápida mirada al exterior.

El corazón le dio un vuelco al contemplar el sobrecogedor espectáculo constituido por la enorme masa humanoide que rodeaba a la astronave. Cientos o quizá miles de pigmeos de descomunal cabeza permanecían inmóviles y silenciosos como aguardando la aparición de los terrestres. Al sentir sobre sí las alucinantes miradas de la multitud, Shorty notó que le flaqueaban las piernas.

-El monstruo de mil cabezas espera el sacrificio, Mitchell -murmuró-. ¿Sabes de alguna teoría que explique por qué el miedo a vivir es más fuerte en ocasiones que el de morir?

Mitchell, que ni siquiera suponía cuál era la causa del derrumbamiento moral de Thelma y Shorty, experimentó un escalofrío

supersticioso. Sacando el arma que tomara de sus enemigos, contestó con una forzada sonrisa:

-Si crees que no vale la pena asistir al último acto de la representación, tenemos un medio muy sencillo de presentar nuestras excusas al público. ¿Qué dices tú, Thelma?

La hermosa muchacha negó débilmente con la cabeza.

-Vivamos la aventura hasta el fin... -susurró-. Si hemos de despertar, que sea en la gracia de Dios.

CAPÍTULO VII

La pantalla, reflejó con nítida claridad la escena en que los tres terrestres eran obligados a abandonar la astronave, y más tarde conducidos al aposento del Autarca. Luego se «escuchó» el grandilocuente discurso de éste, expresado en los términos más humillantes y despectivos.

El Sumo Haron cortó la transmisión de imágenes en el momento en que Shorty Havers replicaba con altanería utilizando un ejemplo retórico que no supo comprender.

-Me gustaría que consiguieran llegar hasta aquí -dijo mentalmente a Ug, su ayudante y único compañero en aquel refugio inaccesible de la montaña-. Son audaces y poseen una cualidad desconocida por nosotros; ellos la llaman astucia pero en realidad es una forma condensada de la inteligencia; he observado en sus reacciones que a veces obran de manera distinta a como piensan. Son listos, Ug; quizá tanto o más que el Autarca.

Ug se movió pesadamente en el asiento cilíndrico que ocupaba. El tamaño de su cabeza excedía con mucho al de sus congéneres, aunque todavía era inferior la de su maestro, el Sumo Haron. Ello no constituía una anormalidad desventajosa, puesto que en el planeta Hankhar el desarrollo craneano de sus habitantes correspondía perfectamente al grado de inteligencia de cada cual. De esta manera, el aspecto físico del individuo era el más exacto distintivo de su capacidad, ocupando por este orden las escalas que integraban la sociedad. No existían en Hankhar las pruebas de aptitud ni los complicados exámenes al uso en la Tierra; una simple medición craneana bastaba para la catalogación definitiva.

El Sumo Haron era el primer cerebro del planeta, el ser único de su especie cuya sabiduría le había llevado a desempeñar el mandato sobre las ciencias. Él fue quien predijo el cataclismo con matemática puntualidad, circunstancia que le hizo caer en desgracia del Autarca. Ahora, separado de éste por medio mundo de distancia y un caos apocalíptico, asistía con íntima satisfacción a los repetidos y fracasados intentos de llevarle a la ciudad autónoma para que formara parte en el transplante a la Tierra. Sabía que el Autarca le necesitaba, que sin sus servicios la colonización del nuevo mundo revestiría dificultades casi insuperables; tampoco ignoraba el Sumo Haron la resistencia que los súbditos del Autarca oponían a sus designaciones para llevar a cabo la misión del rescatamiento, así como que tarde o temprano se

produciría el motín por el bárbaro y sucesivo sacrificio de las gentes. Un momento llegaría, pensaba el Sumo Haron, en que el Autarca dictaría la orden de partir la expedición a la Tierra y entonces sobrevendría probablemente el final del Cataclismo, capítulo último del planeta Hankhar, que él podría evitar por medio de su sabiduría.

-Sí, Ug -siguió transmitiendo telepáticamente a su ayudante-; he comenzado a admirar a los terrestres y pienso que obré acertadamente al oponerme a los crueles deseos del Autarca. La Tierra es un mundo que puede llegar a cultivar la ciencia más adecuadamente que nosotros. Si Shorty y sus amigos lograran retornar a él, tal vez sus experiencias sirvieran para que cuando entren en el período noveno no se produzca la desintegración del tiempo. ¿Quieres pasarme la proyección del sector RR-3

Ug pulsó un dispositivo y la pantalla televisora mostró los relieves de un paisaje abrupto y densamente coloreado por el verde de la exuberante vegetación. Los borrosos perfiles del principio fueron solidificándose hasta quedar convertidos en imágenes perfectas. Luego, Ug operó sobre otro pulsador para que la escena se centrara en un punto determinado del paisaje. Algo extraordinario reflejó entonces la pantalla: un pandemonium indescriptible de formas y movimientos que parecían corresponder al cruce de múltiples proyecciones simultaneadas. Velocísimos artefactos voladores enzarzábanse en encarnizadas luchas contra otros objetos de líneas infinitamente más anticuadas, a la misma vez que gigantescas aves prehistóricas se debatían entre sí como si quisieran emular las sanguinarias hazañas de sus competidoras mecánicas.

Esto sucedía en las alturas, mientras en el suelo firme desfilaban ininterrumpidamente escenas mucho más confusas e increíbles. Hombres de todos los tiempos, separadas sus características por millones de años, rudimentariamente ataviados los unos; otros vistiendo trajes de un futurismo inimaginable; el arco y las flechas, la catapulta, los disparadores de repetición, desintegradores nucleares y otras mil armas correspondientes a períodos por venir, disparábanse unas contra otras levantando un terrorífico caos de destrucción. Las edificaciones surgían y desaparecían como por ensalmo para dar paso a terrenos yermos o sembrados por una paradisíaca vegetación. Otras veces, pero ello en sucesión de segundos, era la fauna animal la que se alternaba en las disputas más espeluznantes.

Aquella era una mínima muestra del Cataclismo provocado por el suicida empleo de los generadores de tiempo. Lo que fue en un principio imprudente experimento, firmemente condenado por el Sumo Haron, habíase transformado en una reacción en cadena infinitamente más terrible y devastadora que el ensayo nuclear del período sexto, del que apenas sobrevivió una décima parte de la población del planeta. Pero así como aquello se redujo a una extinción temporal susceptible de posteriores rectificaciones, ahora, en cambio, Hankhar estaba condenado a la eterna desintegración del tiempo. Por siempre sería un planeta maldito, un mundo sin esperanzas de redención.

-Verifica la aproximación a la ciudad autónoma -ordenó el Sumo Haron-. Debe estar muy cerca ya.

Ug efectuó un doble cambio de imágenes y luego obtuvo la diferencia buscada.

-El avance sigue siendo rápido -replicó-. El Autarca tendrá que darse prisa si persiste en el propósito de huir.

-Y a nosotros, ¿cuánto nos falta?

El ayudante repitió la operación anterior.

-Poca diferencia hay a nuestro favor, pero al menos asistiremos al desenlace. ¿No has pensado en la salvación?

El Sumo Haron se levantó y dio un corto paseo por el interior del reducido laboratorio. Cada cuatro o cinco pasos tuvo que apoyarse en distintos salientes para recuperar el equilibrio, ya que el peso de su cabeza le impedía desenvolverse con naturalidad. A pesar de lo grotesco de su aspecto; algo había en su conjunto que inspiraba respeto. Quizá el invisible fluido que emanaba de su sabiduría o tal vez el brillo benévolo de su mirada.

-Jamás nos adaptaríamos a un mundo por evolucionar todavía -replicó rompiendo la larga pausa-. Por otra parte, sólo el Autarca es capaz de eliminar una civilización entera para dar cabida a un reducido número de náufragos siderales. No, Ug; aceptaremos el fruto de la imprudencia.

-¿Y los tres terrestres?

El Sumo Haron se aproximó a los mandos del curioso televisor y lo manipuló durante unos instantes.

-Ese es el vehículo en que viajan hacia aquí -dijo al tiempo que en la pantalla se dibujaba un achatado artefacto rojo volando sobre un cúmulo de

nubes-. No conseguirán franquear el sector YT-6... Míralo, Ug; por eso no quise presenciarlo...

Tres discos plateados salieron de entre las nubes en raudo descenso hacia el objeto tripulado por los terrestres. En un santiamén, la pantalla se llenó de un humo denso y amarillento que ocultó toda acción de las naves.

-No existe el sentimiento de convivencia entre las distintas épocas -declaró el Sumo Haron-. El recelo, la ignorancia y el temor, convierten a los seres en criaturas irreconciliables. Corta ha sido la vida de los terrestres en Hankar. Veamos sus últimos momentos...

En el recuadro visor apareció ahora el interior de una carlinga en la que Shorty Havers y Mike Mitchell pugnaban por conservar el equilibrio siendo sus esfuerzos completamente vanos. Las facciones de ambos hombres revelaban un atroz sufrimiento. De pronto rodaron por el suelo y en una de las paredes se abrió una tremenda brecha por la que penetró el humo.

El Sumo Haron cortó la emisión.

-Todo concluyó para ellos -dijo-. Es curioso que la muchacha no les acompañara. Posiblemente el Autarca la ha reservado para un segundo intento.

CAPÍTULO VIII

Shorty se incorporó aturdido. Todo daba vueltas a su alrededor, y no en sentido figurado sino muy realmente. Las estrellas zigzagueaban locamente en un cielo cuya negrura ilumínábase con frecuencia por las súbitas apariciones de astros solares que cubrían los arcos de sus trayectorias en contados segundos. A cada resplandor se presentaba un paisaje distinto rodeando la hondonada en que el vehículo volador se estrellara. La primera inquietud del ex jefe de la policía de «Centrolab» fue para Mike Mitchell. Le descubrió junto a los restos de la nave. Estaba tendido boca arriba y no daba muestras de vida. Después de percatarse de que no tenía ningún hueso roto, Shorty zarandeó a su amigo hasta conseguir reanimarlo. Una alegría sin límites le invadió al comprobar su milagrosa salvación.

-¿Dónde... dónde estoy? -balbuceó Mitchell sentándose con una complicada serie de movimientos. Su mirada recorrió, atónita, la fugaz trayectoria de un sol que iluminó esplendorosamente los contornos.

-En el infierno -replicó Shorty; un lugar muy adecuado para los esforzados paladines de las señoras indefensas.

Mitchell se dio una palmada en la frente.

-¿Y Thelma? -inquirió sobresaltado.

-¿Pero es que no recuerdas lo que pasó? Nos cazaron en pleno vuelo, mi querido amigo. Thelma se quedó allí, en poder del Autarca.

-¡Tenemos que rescatarla! ¡Dios sabe lo que le estará ocurriendo en estos momentos!

-Sí, tenernos que rescatarla -concedió Shorty-; solamente me gustaría saber de qué manera y quién nos rescataría a nosotros después.

Se hizo la oscuridad de repente. Cuando volvió a lucir la luz de otro sol, los dos terrestres contemplaron al borde de la hondonada la enconada lucha de un extraordinario guerrero con una bestia de proporciones inmensas. Shorty extrajo de su bolsillo el arma que todavía conservaba en su poder y apuntó al animal. Antes de que pudiese disparar se produjo una transformación que dejó solitaria la escena. Mitchell sacó su pistola y la examinó atentamente.

-Al menos tenemos con qué defendernos si la cosa se pone muy grave -declaró-. Nos encontramos sumergidos en pleno Cataclismo. ¿Crees que este hoyo resultará un oasis?

-Sí, mientras funcione el generador que llevamos a bordo de la nave -contestó Shorty-. Su área de acción debe ser muy limitada pero de momento nos pone a resguardo de toda alteración de tiempo.

-Nos cazaron de mala manera -se quejó Mitchell-. ¿No tenías curiosidad por conocer al Sumo Haron, el superhombre del universo?

-Sí, porque tal vez nos habría ayudado. Por lo que dijo el Autarca, se comprende que él y el Sumo Haron son enemigos mortales. Pero, ¿qué diablos es ese ruido?

En efecto, el casi inaudible murmullo que desde hacía rato se dejara oír, habíase convertido en un atronador sonido que hacía retemblar las paredes del amplio foso. Los dos terrestres aguardaron con tensa ansiedad que se reprodujera la claridad solar para poder distinguir la causa del ruido. Cuando llegó este momento, sus sencillas mentes experimentaron el máximo horror concebible al ver el cielo cubierto por incontable número de platillos volantes que se cruzaban entre sí por medio de inauditas acrobacias, a la misma vez que de sus torretas respectivas desprendíanse infinidad de ráfagas multicolores que al tomar contacto con otras naves las hacían estallar y convertirse en nubecillas de humo. La grandiosidad de aquel combate aéreo no tenía punto de comparación con los acontecimientos en la Tierra durante las dos últimas guerras mundiales.

La oscuridad y el silencio extinguieron simultáneamente el tumulto bélico.

-El espectáculo me ha puesto los pelos de punta -confesó Mitchell-. Había millones de platillos volantes; escuadrillas de todo el sistema solar, supongo.

-Recuerda que no estamos en el sistema solar conocido por nosotros... El Autarca tuvo la gentileza de explicárnoslo.

-¡Cáspita!, había olvidado que Hankhar es el décimo planeta de Polaris, en la constelación de Las Pléyades! Por un momento, mi imaginación me trasladó a la Tierra. ¡Bendita Tierra, qué lejos estás!

Sin variar su postura, Shorty señaló un pequeño montón de restos del aparato en que se habían estrellado. A la luz de las zigzagueantes estrellas, su rostro se mostró crispado por la inquietud.

-La carga del generador se está extinguiendo -dijo-. Fíjate cómo parpadea.

La mirada de Mitchell se posó en una lucecilla verde semejante a una luciérnaga. Sus facciones se contrajeron.

-Corto ha sido nuestro descanso -declaró preocupado-. Tendremos que prepararnos para afrontar la desintegración del tiempo. Ya se ha apagado, Shorty...

Shorty se puso en pie desentumeciendo los miembros. Una triste sonrisa afloró a sus labios.

-Lo más posible es que nos separemos -dijo con: acento de despedida-. Te deseo buena suerte.

Incorporándose, Mitchell le estrechó la diestra.

-Si estuviera aquí Thelma, diría que la aventura no se ha acabado aún; que alguna vez despertaremos de este sueño horrible. Que sus palabras se realicen es cuanto ambiciono con toda mi alma...

El generador se apagó definitivamente. Algo sucedió entonces; algo maravilloso y aterrador al mismo tiempo. Una estrella solar de refulgente claridad ocupo el cenit. Shorty y Mitchell se vieron transportados a una especie de explanada rodeada de extraños edificios, en cuyo centro se elevaba una majestuosa cúpula de color morado rematada por un artefacto parecido a una antena de radar. Hombrecillos de cabeza no tan abultada como los ya conocidos, pero indiscutibles hermanos de generaciones remotas, cercaban a los dos terrestres con actitudes desconfiadas y belicosas. Era de suponer que todos portaban armas, pues no de otra manera se podía considerar los objetos con que apuntaban a los intrusos.

-Hemos caído en la primera redada -murmuró Shorty acariciando con suavidad el inseparable disparador telepático-. ¿Te parece que ha llegado la hora de mandar las precauciones al diablo?

Muy pálido, pero con expresión serena, Mitchell asintió. .

-¿Cómo se dispara esto? -inquirió en voz taja.

-Sólo tienes que apuntar y dar la orden; procura mantener una correlación entre los mandatos; un disparo, dos, tres, repites con otro y así sucesivamente. No malgastes los tiros pues ignoramos la, dosis del cargador.

-Nadie creería éste suceso -comentó Mike-; dos seres de la Tierra rodeados por un ejército de Hankhar de época remota y prestos a defenderse con armas futuras del mismo planeta. Es como si Cristóbal Colón hubiese mantenido a raya a una tribu de indios con ametralladoras del siglo veinte.

Observa cómo se acercan, Shorty. Ese sujeto gordo, de barba de chivo, debe ser el jefe...

De pronto, el individuo aludido por Mitchell levantó su arma como para disparar sobre ellos. Rápido como el rayo se le adelantó Shorty. Una sonora vibración partió del objeto que empuñaba y el ser atacante se desvaneció en una nube de gas verdoso, Se organizó una tremenda gritería entre los cientos de asistentes a. la dramática escena. De la cúpula morada surgieron varios tubos cilíndricos de diverso grosor que giraron hasta apuntar al lugar donde se encontraban los sitiados.

-Probemos otra vez -dijo Mitchell dirigiendo el cañón de su arma hacia la torre-. Tres disparos irán bien...

Se repitió la vibración, esta vez más continuada. Se abrió una enorme brecha en la cúpula y ésta comenzó a desmoronarse hacia un lado.

¡Magnífico! -exclamó Mitchell entusiasmado-. ¡Somos invencibles!

-Hasta que disparen ellos -declaró Shorty-. No dan señales de temor; más bien parece que se organizan para acometer todos de una...

El círculo comenzó a estrecharse. Bajo la intensa claridad solar refulgían las metálicas armas de los sitiadores. La gritería había cesado y ahora sólo se escuchaba el sordo arrastrar de los pies sobre el suelo. La distancia que les separaba de los terrestres no pasaría de las cincuenta yardas, y al ritmo que iban aproximándose no tardaría en ser nula.

-Una táctica que no ha fallado en ningún tiempo -dijo Shorty entre dientes-. Ni podemos disparar contra todos a la vez ni está en nuestras manos impedir que ellos lo hagan. De forma que, preso por uno preso por mil...

Acabada su frase, Shorty transmitió la orden mental a su disparador. Al impulso siguió el silencio significativo del fallo.

-¡Se agotó la carga! -maldijo entre dientes-. ¡Estaremos arreglados si a ti te ha ocurrido lo mismo!

Nerviosamente, Mitchell intentó hacer blanco, obteniendo el mismo resultado que su amigo. Se le cayó el alma a los pies al imaginar las consecuencias que. se derivarían inmediatamente.

-¡Valor, Mike! -le alentó Shorty-. Ellos no lo saben; simulemos que nos importan un bledo sus actitudes amenazadoras. Sólo estaremos dispuestos a parlamentar si nos ofrecen algo a cambio.

El compacto cerco continuó acortando su radio. La distancia sería

ahora de unas veinte yardas. En el comportamiento de cada una de las figuras se adivinaban el ansia de exterminio y el recelo. Por, el contrario, parecían ignorar el temor.

Shorty miró de reojo a Mitchell y vio que estaba sudando copiosamente: su expresión, empero, era altiva y resuelta.

Inesperadamente cesó la aproximación. De entre la multitud se destacaron dos personajes que acudieron al encuentro de los terrestres. Vestían cotas de malla doradas y sus abultados cráneos estaban cubiertos por unas viseras transparentes que les protegía hasta los ojos. De sus complicadas manos pendían sendos artefactos de forma cónica y alargada, semejantes a los «bazokas» comúnmente empleados en la Tierra.

Shorty y Mitchell les vieron venir sin pestañear.

-Quieren cogernos vivos -dijo el primero por un extremo de su boca-. De lo contrario habrían disparado ya.

-Pulverizaré al primero que intente tocarme -replicó Mitchell.

Los estrafalarios sujetos llegaron a la altura de ellos y se detuvieron. Uno, el más bajo, lanzó un sonido gutural y entrecortado.

-¿Qué ladras? -inquirió Shorty, impávido.

Ahora fueron los dos emisarios quienes parlotearon ininteligiblemente, uniendo a sus sonidos toda una serie de exaltados ademanes.

-Lo siento, pero ni aun así -se disculpó Shorty-. Vosotros tampoco me entendéis, de modo que estamos iguales.

Simultáneamente, los dos sujetos alzaron sus armas contra los terrestres. Y, simultáneamente también, Shorty y Mitchell arremetieron contra ellos a cuerpo limpio. Olvidándose mutuamente de las armas, las dos parejas rodaron por el suelo, enzarzadas en desesperada lucha. A Shorty le tocó en suerte el más corpulento, un enano de carnes macizas y músculos de acero, evidente conocedor de tal clase de lides.

En medio de la silenciosa expectación de los concurrentes, Shorty se debatió ágilmente para escabullirse de una fuerte presa de cintura. Luchaba tranquilo, pues ya estaba demostrado el propósito de capturarles vivos. Púsose en pie de un salto y retrocedió en actitud defensiva. Mitchell dominaba en aquel momento a su rival, teniéndolo bajo sus rodillas y con la garganta entre sus manos.

-¡Bravo, Mike, ya es tuyo! -le alentó enardecido por la inicial ventaja-. ¡Enséñale un poco de primitivismo...!

Casi no pudo terminar la frase. Su adversario lanzóse en formidable embestida contra él. Shorty le esquivó con una finta de cintura, dejó pasar su pesada mole y le descargó un terrorífico puñetazo en la nuca que le puso fuera de combate instantáneamente.

Ante el inaudito suceso, la pasividad de los espectadores se trocó en incontenible furia. En cuestión de segundos, Shorty y Mike se vieron sepultados por una avalancha de seres enloquecidos por la humillación de que acababan de ser objeto. Una jauría de perros rabiosos no se habría ensañado con su presa tan despiadadamente.

De pronto sonó una apagada explosión y el cielo se tiñó de rojo oscuro como si una nube de sangre se hubiera extendido por todos los horizontes.

Aquietóse la multitud durante un breve momento. Luego, al influjo de un misterioso mandato, los grupos se dispersaron en frenética huida, abandonando a los maltrechos terrestres.

Dolorido, Shorty rebulló en el suelo y miró lo que ocurría. La cúpula morada había desaparecido, quedando en su lugar un gigantesco montón de pavesas humeantes. Grandes nubes de gases ocultaban el cielo.

Mitchell trató de incorporarse. Tenía un ojo amoratado y rasgada por varios sitios su americana.

-¡Por todos los demonios del infierno! -exclamó quejumbroso-. ¿Qué ha ocurrido ahora?

-¡Mira! -Shorty señaló una, nave voladora surgida entre dos jirones de humo-, ¡El fulano ése nos ha salvado con su bombardeo! ¡Viene hacia aquí! ¡Tírate al suelo, Mike

Los dos amigos aplastáronse contra el suelo al ver el raudo descenso en picado de la nave. Un rugido atronador les ensordeció por unos instantes. Después se hizo un extraño silencio.

Shorty levantó la cabeza cautelosamente. Un involuntario respingo salió de sus labios. El artefacto volante se había posado a escasas yardas de ellos y en aquel momento se abría una de sus portezuelas.

De un codazo advirtió a Mitchell que continuaba pegado al suelo con la inmovilidad de una lapa.

-Quienquiera que sea, su oportunidad es digna de alabanza -murmuró Shorty con la mirada anhelante prendida de la portezuela..

-¿Tú crees? -repuso Mitchell, sardónico.

-Mi opinión es que...-Shorty se detuvo paralizado por la mayor sorpresa de su vida.

¡De la nave acababa de apearse un hombre de estatura mediana, impecablemente trajeado cuyas facciones correspondían a las de Mr. Arnold, el jefe supremo de «Centrolab»!

Mitchell y Shorty se levantaron como impulsados por un resorte eléctrico. Ambos corrieron hacia el recién llegado que les acogió con una amistosa sonrisa.

-No tenemos un instante que perder-dijo Arnold a guisa de saludo-. Thelma está en un apuro y debemos ir a salvarla...

CAPÍTULO IX

-¡Nadie me ha desobedecido jamás! ¡Doblegaré tu necia altivez aunque tenga que someterte a los peores tormentos!

Los «pensamientos» del Autarca hirieron dolorosamente la mente de la joven Thelma. Ésta se hallaba tendida sobre una pulida y brillante plataforma sustentada por un eje giratorio. Unos hilos finísimos de luz negra circundaban misteriosamente su garganta y extremidades impidiéndole efectuar el menor movimiento. Su pálida faz revelaba la amargura y el abandono.

-¡Dos horas de tu miserable tiempo es lo que este reducto tardará en sufrir las consecuencias del Cataclismo! -prosiguió el Autarca inclinando su enorme cabeza sobre la joven-. ¡La salvación de nuestra Humanidad depende de que consigamos traer a ese hipócrita rebelde que es Sumo Haron! ¿Me has entendido, obstinada terrestre?

-Prefiero morir antes que volverme contra los míos -replicó Thelma débilmente-. Puedes aplicarme todos tus tormentos juntos.

-¡Extinguiré la civilización terrestre de todas las maneras! Mis astronaves están preparadas y sus dotaciones a punto de recibir la orden de partida. Con el Sumo Haron o sin él invadiré la Tierra.

Una sonrisa despectiva arqueó los labios de Thelma.

-Tu ambición es ridícula -declaró-; tanto como la idea de que yo rescate al Sumo Haron.

Las prominentes pupilas del Autarca centellearon por la ira.

-Tus amigos gozarán de mejor suerte que tú. Ellos están perdidos en el Tiempo y les ampara la esperanza de poder subsistir a través de la eternidad; quizá cayeran en un remanso aislado de la borrasca, quizá hayan muerto sin dolor... ¡Tú, en cambio, sufrirás la extracción de los sentidos y tu alma quedará encadenada a un cuerpo donde sólo anidarán el dolor y la miseria! ¡Trayhos!

Una de las puertas de la gran sala se abrió para dar paso al servidor del Autarca. Su estatura era un poco más elevada de lo corriente y envolvía a sus apretadas vestiduras una capa verdosa de amplios vuelos y fosforescentes brillos. Con una servil reverencia se inclinó ante su jefe.

-Puedes empezar -ordenó el Autarca con autoritario gesto.

Trayhos efectuó otra reverencia y se dirigió a. un ángulo del aposento

en el que habían alineados numerosos cuadros repletos de dispositivos.

Thelma cerró los ojos. A pesar de su desesperada situación no se sentía preocupada acerca de su suerte. Un fatalismo sereno controlaba su voluntad inmunizándola de posibles flaquezas. Su pensamiento estaba puesto en Shorty y Mitchell; embargada por una especie de melancolía, recordó aquella noche, ya perdida en el maremágnum del tiempo, en que Shorty le confesara su amor. Entonces no sentía hacia él otra cosa que una amistad intrascendente; sin embargo, ahora parecíale experimentar la delectación inconsciente que precede al cariño verdadero.

-¡Por última vez! -la «voz» inaudible del Autarca, se clavó en su cerebro-. ¿Persistes en tu negativa?

Thelma pensó en la Humanidad terrestre. El Autarca quería obligarla a desempeñar una misión que él consideraba casi como secundaria, puesto que la expedición se llevaría a cabo de todas maneras. Pero aquel interés rayano en el paroxismo tal vez significara que la emigración no era posible sin contar con el Sumo Haron. Y en ese caso, del proceder de ella dependería la suerte de la Tierra.

Su respuesta fue rotunda, subrayada por el movimiento negativo de su cabeza.

De pronto sintió un frío cosquilleante en torno a todos sus huesos; algo así como si la sangre se le estuviera helando a la vez que su circulación se activaba a un ritmo forzado. La horrible sensación duró escasos segundos para transformarse en una suave tibieza despojada de malestar. Entonces abrió los ojos. Las paredes diamantinas del aposento ya no existían... ni tampoco el Autarca. Todo lo que la rodeaba era el azul purísimo del cielo. Arriba, abajo, a ambos lados, un vacío sobrecogedor lo llenaba todo; en este vacío flotaba ingrávidamente ella. Notábase libre de movimientos; podía girar sobre si misma, evolucionar en todas las direcciones, subir hasta el infinito y descender en un abismo interminable. Se miró una mano. Los dedos eran largos y ondulantes como serpientes. Horrorizada, posó su mirada en las piernas; colgábanle en la inmensidad del abismo como dos estelas de vapor que se diluían en monstruosas ramificaciones. Todo su cuerpo se había convertido en un gigantesco trazado fantasmal cuyas prolongaciones abarcaban los cuatro puntos cardinales.

Otra sensación vino a mortificarle. Las ideas le golpeaban el cerebro,

chocaban entre ellas produciendo detonaciones ensordecedoras, se amontonaban y pugnaban por salir de los repliegues carnosos desgarrando los huesos y la piel. Vio cómo los pensamientos se materializaban tomando formas alucinantes y danzaban en torno suyo cual trasgos escapados de un aquelarre. Un grito de terror brotó de su garganta...

-La nave que te llevará hasta el Sumo Haron está dispuesta -susurró la «voz» del Autarca junto a ella-. Cesarán los sufrimientos si accedes a ir...

-Iré -murmuró Thelma, incapaz de soportar la diabólica tortura-. Piedad, por favor... No... no puedo más...

Cuando volvió a abrir los ojos, Thelma .comprobó que todo había vuelto a la normalidad. El Autarca le escrutaba inexpresivamente; su deforme rostro no denotaba ninguna emoción.

-Puedes levantarte -le ordenó-. Trayhos te acompañará hasta la astronave.

Thelma descendió lentamente de la plataforma. Estaba todavía mareada. Las piernas le flaquearon los primeros pasos.

-No he manejado nunca una astronave -dijo apoyándose contra el quicio de una ventana.

-Por medio de un control remoto, Trayhos te conducirá a través del Cataclismo hasta el escondrijo del Sumo Haron -replicó el Autarca-. Y esta vez no habrá errores como el que hizo que fracasasen tus amigos.

-¿Y si el Sumo Haron no quiere venir?

-Llevarás un paralizador de voluntad. Si tu misión no triunfa habrás desperdiciado tu única posibilidad de regresar a la Tierra.

Thelma se giró de cara a la ventana. Estaba abierta. Sus azules ojos otearon con repentina curiosidad el conjunto de elevadas edificaciones que integraban la ciudad autónoma, el único reducido núcleo del planeta hasta el presente aislado del Cataclismo. Detrás de las murallas que circundaban la ciudad, estaba el desastre creado por la necia ambición de una supercivilización que no supo poner frenos a los poderes de la ciencia.

La mirada de la joven perdió su interés hacia las estilizadas formas de aquella maravillosa arquitectura. Ahora se posó en el foso que se abría en las profundidades. Calculó una altura de más de trescientas yardas. La caída sería irremisiblemente mortal. Una buena escapatoria...

Sintió en la nuca la respiración ardiente del Autarca. La ocasión era

ahora o nunca. Reuniendo todas sus fuerzas tomó impulso y con un felino salto se lanzó al exterior.

* * *

Agrupados en torno a una gran gema verde centelleante engarzada en un soporte metálico, Shorty, Mitchell y Mr. Arnold comunicábanse las respectivas impresiones que el encuentro les había causado. Entretanto, la astronave que les transportaba cruzaba vertiginosamente las caóticas zonas en donde la desintegración del tiempo enfrentaba remotas y futuras civilizaciones con cambiantes escenarios en los que el sol Polaris se alternaba con la negrura de firmamentos estremecidos por continuas lluvias de estrellas.

-El Sumo Haron se sacrificó por la salvación de la Tierra -explicó Mr. Arnold-. Este generador de tiempo es el que aislaba su reducto del resto del planeta. ¿Recuerdan ustedes aquella noche en que Blodier se presentó en «Centrolab»?

Shorty asintió esbozando una mueca sarcástica.

-No se borrará nunca de mi memoria.

-Volvieron a repetirse las mismas escenas -prosiguió Mr. Arnold-. Todos los sistemas defensivos fallaron. Salimos a la búsqueda del nuevo intruso y le hallamos junto a la estatua de Lincoln. Era el Sumo Haron. Me habló de ustedes y de Thelma. La Tierra corría un riesgo inminente de extinción. Acepté su invitación de venir en ayuda de ustedes.

-¿Cómo se entendió con él? -quiso saber Mitchell.

-Por medio de mensajes escritos.

-Pero, ¿y los demás de «Centrolab»? -inquirió Shorty, perplejo-. ¿No estaban presentes?

Mr. Arnold encendió un cigarrillo.

-El Sumo Haron me aisló por medio de uno de sus experimentos. Dialogamos en un lugar desierto, al pie de una colina cubierta de nieve, y junto a esta astronave. Después abandonamos la Tierra. Me llevó a su laboratorio y allí, con la ayuda de un detector de imágenes, seguimos el rastro de ustedes. Resultó bastante más difícil de lo que supusimos puesto que nos tocó explorar todo el período séptimo de este planeta; sin embargo, aún tuve la suerte de llegar con bastante oportunidad.

-Dijo usted que el Sumo Haron se sacrificó -intervino Mitchell, quien no había comprendido la explicación-. ¿Dónde está él ahora?

Mr. Arnold se encogió de hombros.

-Sólo Dios lo sabe -repuso-. El Sumo Haron tenía únicamente un generador de emisiones de tiempo alternadas que es éste que ven ustedes. Su sacrificio estribó en ponerlo a mi disposición, para lo cual me sometió a un proceso de instrucción un poco complicado de explicar.

-¿Y el manejo de la astronave? -quiso saber Shorty.

-Está comprendido en las citadas instrucciones. En realidad se basan en conseguir una concentración mental lo suficiente potente para que desprenda el fluido psíquico que alimenta a todos los mecanismos del planeta. No sé si lo comprenderán...

-Sí -interrumpió Shorty-. Tuvimos ocasión de utilizar ciertas armas basadas en ese principio. La orden mental servía para dispararlas.

Arnold asintió.

-Eso es. Ahora, por ejemplo, si deseo hacer una traslación de tiempo, sólo tengo que establecer ciertos cálculos y dictar la solución. El generador de emisiones capta dicha solución y comienza a actuar por sí mismo hasta que recibe otra nueva orden. La dificultad estriba en los cálculos puesto que existen infinitas variaciones y por eso se llaman emisiones alternadas. Un error .puede acarrear consecuencias incalculables, y buena prueba de ello es lo acontecido en Hankhar, lo que denominan el Cataclismo.

Mitchell y Shorty contemplaron la centelleante gema verde con expresión admirativa.

-Ahora funciona como aislante del exterior, ¿no? -interrogó Shorty.

-Así lo dispuso el Sumo Haron hasta que arribáramos a la ciudad autónoma.

-Lo que no comprendo es por qué nuestro benefactor ha preferido renunciar a salvarse -terció Mitchell.

-Esta astronave tiene capacidad para el peso aproximado de cuatro personas -respondió Arnold-; lo justo para que nosotros y Thelma podamos regresar a la Tierra.

-¡Regresar a la Tierra! -exclamó Shorty atónito-. Pero ¿es que tal cosa cabe dentro de lo posible?

Mr. Arnold hizo un gesto afirmativo.

-Si mi programa de operaciones se realiza en todos sus puntos, muy pronto podremos reintegrarnos a «Centrolab». Claro es que habremos de

luchar contra insospechadas eventualidades; la principal, el evitar que Thelma se doblegue a las torturas que le están aplicando...

Shorty palideció.

-Demos un salto atrás en el tiempo -sugirió-; un par de horas, por ejemplo...

-Y no llegaríamos nunca -rebatió Mr. Arnold sonriendo-. Escuchen mis planes y asignémonos cada uno nuestro papel. Pongan un poco de atención...

CAPÍTULO X

Los guardianes de la azotea del gran palacio del Autarca reconocieron inmediatamente la identidad de la astronave que descendía rauda sobre ellos. El primer movimiento de sorpresa y la acción de disparar fueron substituidos por el júbilo. En la ciudad autónoma no era un secreto para nadie que la participación del Sumo Haron en la expedición a la Tierra constituía el factor primordial del éxito.

Sin embargo, la extrañeza les invadió al contemplar cómo la astronave se posaba a corta distancia de ellos y de su interior se apeaba un terrestre portador del mecanismo generador de tiempo. También llevaba un arma semejante a las suyas y por el modo de empuñarla se evidenciaba que conocía perfectamente el manejo.

Los tres guardianes le cerraron el paso a la misma vez que la astronave volvía a remontar el vuelo.

-Deseo ver al Autarca -habló Shorty resueltamente-. El Sumo Haron accederá a entregarse si aceptáis nuestras condiciones.

-¿Fuiste tú uno de los terrestres a quienes se le encomendó el rescate del Sumo Haron? -inquirió el sujeto que parecía de mayor graduación a juzgar por el complicado recamado de su capa.

-Sí.

El mismo personaje le hizo paso para que avanzara hacia una rampa que conducía al interior del edificio. Después de recorrer innumerables pasillos, y siempre escoltado por el mismo individuo, Shorty llegó hasta la antecámara real. La puerta se abrió silenciosamente, impulsada por alguna orden telepática. Varias cortinas impedían la visión de lo que había dentro.

El guardián se adelantó a Shorty, sin duda para solicitar la audiencia, y en ese instante, el terrestre le descargó un terrible golpe en el cráneo con la culata del arma. El sujeto cayó exánime sin exhalar un quejido.

Shorty pensó que todo le estaba saliendo demasiado bien y rogó mentalmente a la providencia que con igual suerte se desenvolvieran Mitchell y Mr. Arnold en la arriesgada tarea que se habían impuesto.

Un grito de dolor sonó muy cercano. A Shorty le dio un vuelco el corazón al asociar aquel grito con la persona de Thelma. ¡Le estaban aplicando .todavía las .torturas aludidas por Mr. Arnold! Sigilosamente se aproximó a las cortinas. Durante un par de minutos aguardó expectante.

Luego escuchó la débil voz de la muchacha dialogando como consigo misma. Aguzó el oído. Las entrecortadas frases hacían suponer su rendición incondicional.

Sin dudarlo un instante, Shorty apartó las suntuosas cortinas y se asomó a la estancia contigua, un vasto salón dotado de incomprensibles utensilios y en el que habían tres personas: el Autarca, su servidor Trayhos... ¡y Thelma!

Todos estaban de espaldas y por lo tanto no podían verle. Se aproximó muy lentamente. Thelma se hallaba junto a una ventana y miraba al exterior. Pensó llamarla, pero la idea le llegó demasiado tarde. Dominado por una angustia indecible vio cómo su cuerpo saltaba limpiamente al vacío.

Fue una inspiración milagrosa la que acudió en socorro de la infortunada joven. Shorty planteó mentalmente el complicado problema... Retroceso parcial de tiempo en relación a un área que comenzaba cinco yardas más allá de él. Los números se le atascaron en el cerebro con indómita terquedad. Mr. Arnold le había aleccionado ligeramente, para un caso de emergencia, pero ahora se percataba, horrorizado, de que le faltaba la .seguridad para dictar la solución. Un error infinitesimal equivaldría. al desastre. Los segundos transcurrían... El Autarca y Trayhos aún no habían salido de su estupor.

Con las facciones crispadas por la desesperación, Shorty dictó unos números al fabuloso ingenio que relampagueaba en su mano izquierda cual antorcha representativa de una civilización en trance de extinguirse. Aquellas cifras salieron de sus labios inconscientemente, dictadas por el deseo de salvación, pero al mismo tiempo frenadas por el temor al error que desbaratase sus planes.

Sucedió algo inexplicable. La visión se le borró durante unos segundos, como si de repente los objetos se hubiesen difuminado tomando las formas más caprichosas. Luego, el cuadro volvió a tomar los perfiles correctos, tornando cada cosa a su posición. Incluso Thelma reapareció en su inmóvil postura de cara a la ventana.

Shorty rezó una oración de gracias. ¡El milagro se había producido!

Inesperadamente, Trahyos se giró descubriéndole.

-¡Quietos todos! -ordenó Shorty con el arma presta para disparar.

Thelma y el Autarca se volvieron a la vez. La expresión de Thelma

fue de una indescriptible emoción. Sin meditarlo, corrió a su encuentro pasando por delante del asombrado dictador de Hankhar.

-¡Querido Shorty! -exclamó mirándole embelesada-. ¿Cómo pudiste conseguirlo?

Shorty le entregó el generador sin decirle una palabra. Luego avanzó hasta el Autarca.

-Hemos cumplido la misión que nos encomendaste -mintió-. El Sumo Haron se halla en la ciudad, dispuesto a concertar la paz contigo.

-¿Por qué no ha venido contigo? -inquirió el Autarca desviando su mirada hacia Trayhos que se hallaba junto a los dispositivos de control.

-Vendrá enseguida -replicó Shorty tratando de ganar tiempo. Sus oídos estaban pendientes de percibir el runruneo de la astronave pilotada por Mitchell y Mr. Arnold-. Me he anticipado para evitar el tormento de mi compañera puesto que su labor ya no es necesaria.

La mirada del Autarca volvió a desviarse hacia una pantalla que acababa de encenderse en un lugar próximo a Trayhos.

-Mientes -transmitió telepáticamente a Shorty-. ¿Dónde está el Sumo Haron?

Shorty posó su vista en el recuadro televisor comprobando, irritado, que su falsedad había sido descubierta. La imagen mostraba el interior de la astronave, donde Mitchell y Mr. Arnold parecían discutir acaloradamente sobre quién de los dos debía realizar determinado trabajo. Finalmente, todos vieron cómo Mitchell golpeaba al otro y salía afuera provisto de un pequeño objeto redondo y muy brillante. Después, Mr. Arnold se levantó dificultosamente y se frotó la dolorida barbilla.

Shorty comprendió la necesidad de interrumpir aquella emisión de imágenes y disparó su arma contra la luminosa pantalla. Esta desapareció, quedando en su lugar un humeante boquete en la pared.

En aquel momento, Trayhos inició la acción de abandonar la estancia. Shorty sólo tenía que repetir su disparo para evitarlo, pero le repugnó la idea de hacerlo por la espalda y contra un sujeto desarmado, pese a que las circunstancias no invitaban a los remilgos ni al comportamiento caballeroso. Felizmente; Thelma captó lo que sucedía en la mente de su amigo y de dos zancadas cortó el paso al lugarteniente del Autarca. Ambos se enzarzaron en una frenética lucha que les llevó hasta las suntuosas cortinas.

Shorty se debatió en la duda de ayudar a la joven o seguir manteniendo a raya al Autarca. La cuestión que importaba era sostener la situación durante el margen de tiempo que la astronave necesitaría para regresar a la azotea para recogerles.

Fue entonces cuando Shorty percibió una sensación dolorosa en su cerebro que parecía herir los oídos «por dentro». Era como una vibración muy potente y continuada, como si una sirena estuviese emitiendo ultrasonidos en cortísima frecuencia. Por la descompuesta actitud del Autarca, Shorty dedujo que éste había experimentado igualmente la sensación.

-¿Qué significa? -inquirió amenazándole con el arma.

-La alarma -contestó el Autarca-. Tus amigos han sido descubiertos por los detectores de la ciudad y pagarán muy pronto su osadía.

Un confuso ruido de pisadas alteró el silencio de la estancia. Seguramente los centinelas habían descubierto el asalto y acudían en socorro de su jefe .máximo. Los golpes de las puertas al abrirse y cerrarse se unieron al estrépito general.

Shorty echó un vistazo a los desiguales contendientes. A consecuencia de un empellón, Thelma había rodado por el suelo perdiendo en la caída el generador que se hallaba ahora a los pies de Trayhos. Era el momento de disparar antes de que sucediese lo irremediable. Un sordo murmullo se desprendió de su arma, y Trayhos quedó borrado por la descarga.

El Autarca se abalanzó sobre Shorty, mientras la barahúnda exterior se intensificaba. Al terrestre le falló el arma, lo que evidenciaba que su enemigo sabía que dos disparos bastaban para agotar el cargador.

Shorty arrojó el inútil artefacto para hacer frente a la formidable embestida de su rival. A pesar de su rapidez no pudo evitar ser apresado por la cintura. El frío y repugnante contacto le enardeció al máximo. Una de sus manos se aplastó contra los salientes ojos del Autarca obligándole. a doblar la cabeza hacia atrás. Después proyectó un rodillazo al endeble estómago del adversario que le hizo caer de rodillas y soltar la presa. En aquel instante, Thelma dio un grito de aviso. Shorty se giró rápidamente y vio cómo un ejército de centinelas y servidores del palacio surgía de entre las cortinas.

Shorty pensó angustiado que los acontecimientos se estaban precipitando de forma que iba a hacer casi imposible la huida. Consultó su reloj; faltaban treinta segundos para la cita concertada con los ocupantes de la

astronave. Y todavía no había sonado la explosión...

Thelma se situó a su lado empuñando el generador.

-¡Estoy contigo, Shorty! -le dijo, animosa-. Ocurra lo que ocurra, siempre estaré contigo.

Los centinelas se aproximaban por todas partes. Shorty les vio venir y reflexionó a toda prisa sobre qué partido tomar. Este segundo de distracción le costó ser capturado nuevamente por el Autarca. Le había olvidado creyéndole fuera de combate, pero ahora se incorporaba furiosamente y atacaba con homicida saña. Ambos rodaron por el suelo a la vez que los golpes hacían dolorosas mellas en las dos anatomías. Un cabezazo en la sien aturdió momentáneamente a Shorty. Aferrándose a su instinto de conservación, el terrestre trató de impedir que el Autarca se le desasiera, ya que si éste lo conseguía, sus guardianes tendrían un blanco seguro donde disparar.

Una enorme explosión sacudió todos los ámbitos del edificio, pareciendo como si fuera a derrumbarse. A pesar de su desesperada situación, Shorty no pudo evitar que un grito de alegría brotase de su garganta.

-¡Ya están ahí, Thelma! -rugió con toda su alma-. ¡Voy en seguida contigo!

Sus fuerzas, centuplicadas por el afán de victoria se concentraron en un impulso incontenible contra su opresor. Martilleó su puño derecho sobre la fofa y descomunal frente del Autarca y luego se abatió sin piedad contra el cuello. Sonó un seco crujido, y aquel ser horrendo, ejecutor de la más diabólica conjura del espacio, se desmoronó fláccido, carente de vida. Jadeante por el esfuerzo, Shorty se incorporó buscando apoyo en la cintura de Thelma.

Algo había sucedido mientras tanto que inmovilizaba al compacto conglomerado de centinelas y servidores. Aquél era el segundo, y sin duda el más duro, de los problemas con que Shorty tenía que enfrentarse. Había derrotado, sí, al Autarca, pero ¿cómo llegar hasta la azotea? El enemigo estaba armado y dispuesto a impedir cualquier acción escapatoria; aún más: muerto su jefe, la venganza se desencadenaría irremisiblemente.

Sin embargo, los hechos demostraban lo contrario. Existía una pasividad temerosa, un desconcierto que manifestábase impalpable, impregnando de tensión el ambiente.

Shorty tomó el generador que Thelma le tendía y lo miró como

buscando una nueva inspiración. Entonces sobrevino la desbandada; en pocos segundos, los deformes seres se precipitaron en una desordenada huida en la cual, tropezando y cayendo torpemente, alcanzaron la separación de los cortinajes y desaparecieron de la vista de los terrestres dejando el aposento vacío.

Shorty suspiró aliviado. Con el rostro orlado por el sudor, volvióse hacia Thelma.

-Creo... creo que nos hemos salvado -murmuró emocionado-. Pero, ¡cielo santo! ¿Qué es eso?...

Thelma se giró en la dirección señalada por Shorty. Sus manos se engarfiaron rígidamente sobre los brazos de su compañero al presenciar el increíble espectáculo que se desarrollaba tras el amplio ventanal:

-Eso es lo que les ha hecho huir -explicó Shorty muy pálido-. El Cataclismo está devorando la ciudad. Ya no existen el día y la noche, ya no hay futuro ni presente. Lo que estás viendo es el compendio de todos los tiempos, la destrucción de la historia. Y así será siempre por los siglos de los siglos...

-¿Y nosotros? -inquirió Thelma con un hilo de voz.

Shorty enarboló orgulloso el penacho metálico que ostentaba en su remate la gran gema verde, maravilloso inmunizador de la hecatombe.

-En cien yardas a la redonda no habrá peligro mientras esta piedra brille -explicó-. Si Mitchell ha cumplido exactamente las instrucciones, ellos se hallarán a salvo también...

Thelma dio la espalda a la ventana. En su hermoso rostro aún se reflejaban las huellas del terror.

-Ellos...-murmuró confundida-. Si no recuerdo mal, Mitchell y Mr. Arnold estaban juntos. ¿Cómo es posible, Shorty?

El la cogió del brazo y la invitó a correr hacia la salida. Juntos recorrieron los solitarios pasillos, llegaron hasta la rampa que conducía a la azotea y desembocaron en ésta en el momento justo en que se abría la portezuela de la astronave y asomaba por el hueco el adusto semblante de Mr. Arnold.

-¡Por todos los diablos! ¿Vienen o no? -las impacientes frases del jefe de «Centrolab» resonaron en los oídos de sus subordinados como una música celestial.

-Un poco de calma, Mr. Arnold.-contestó Shorty sonriente-. Demos nuestro adiós a la ciudad autónoma. El espectáculo bien merece la pena.

Desde las alturas, los tres terrestres contemplaron, sobrecogidos por una intensa emoción, los pavorosos embates del Cataclismo. Ya no había ciudad ni restos que denotaran su anterior existencia. Allá en las profundidades galopaban las fabulosas bestias de la prehistoria., hostigadas por seres demoníacos surgidos de un averno creado por la civilización. Y en el cielo, un cielo de instantáneas mutaciones se reproducían escenas de mil batallas que la mente se negaba a admitir como reales.

Shorty se adelantó unos pasos hasta arrimarse al borde de la terraza. Lo que presenció erizó sus cabellos. Hasta unas cincuenta yardas más abajo se continuaban los muros del palacio; después se extendía el vacío en otra distancia muy superior que lo separaba de las pantanosas ciénagas que formaban la superficie del planeta.

-¡Estamos flotando en el espacio! -exclamó en el colmo de la estupefacción-. ¡Increíble, amigos míos!

La voz autoritaria de Mr. Arnold ordenó la subida a bordo de la astronave. Un instante más tarde se reunían en el interior. Mike Mitchell no estaba allí.

-¿Y Mitchell? -quiso saber Shorty, alarmado ante la idea de que le hubiera ocurrido algo.

El semblante de Mr. Arnold se ensombreció.

-Murió cumpliendo su deber -repuso acariciándose la barbilla-. Se valió de un medio antideportivo para disputarme tal honor y a él le tenemos que agradecer que aún estemos vivos.

Una bomba que hubiera estallado bajo sus mismos pies no habría causado mayor impresión a Shorty y Thelma.

-Usted sabía, Shorty, que era necesario destruir el generador gigante que aislaba la ciudad del Cataclismo -prosiguió Mr. Arnold-. Habíamos quedado en que lo bombardearíamos, pero no caíamos en la cuenta de que automáticamente nosotros quedaríamos perdidos en el tiempo. Era preciso, pues, que uno de los dos se sacrificara realizando por su cuenta el sabotaje, mientras el otro se ponía a salvo regresando a esta azotea, donde el generador de usted resguardaba un área de cien yardas. En el mismo instante en que la astronave se posaba aquí, sonó la explosión indicadora de que Mitchell había

cumplido su misión. Todo desapareció de mi vista en aquel momento...

Thelma se le quedó mirando de un modo raro. Había comprendido perfectamente la explicación, pero la mayor parte de su curiosidad quedaba aún por satisfacer.

-Una pregunta, Mr. Arnold -dijo la joven-. ¿Cómo se encuentra usted entre nosotros?

Mr. Arnold esbozó una débil sonrisa.

-Es un poco largo de referir -repuso-. ¿Le parece bien que lo haga de regreso en la Tierra?

Su tono no admitía discusión. Y prueba de que él lo consideraba así es que su voz fue la primera en volverse a oír.

-El Sumo Haron me instruyó sobre dos maneras de regresar a nuestro planeta. O bien efectuar el viaje normalmente, empleando una traslación comprimida que nos pondría allí en un plazo de una hora escasa, o mejor todavía, retrotrayendo nuestras vidas a un período que coincida por ejemplo con la fecha anterior a la llegada de Blodier a la Tierra.

-¿Quiere explicarse sobre esta última alternativa? -pidió Shorty.

-Desde luego es la más adecuada porque excluye los peligros del viaje. En síntesis se trata de situarnos en un tiempo anterior a. toda la aventura. ¿Cuántos años tiene usted, Shorty? Años, meses y días, quiero decir.

Shorty realizó un rápido cálculo.

-Treinta y dos años, siete meses y cinco días -contestó al cabo de unos segundos.

-Pues bien; una emisión alternada del generador acortaría su edad en los cinco días que aproximadamente ha durado la odisea. No me discuta porque he procurado llevar una cuenta correcta. ¿Lo comprende ahora?

Shorty asintió.

-Está claro. Mi primera impresión será la de encontrarme durmiendo en mi lecho de «Centrolab». Y Blodier todavía no habrá llegado allí... ni Bertil VanDamme se habrá estrellado.

-Exactamente.

-¿Y si la historia se repite?

-Mi querido amigo, si la historia se repite podremos al menos vanagloriamos de haber salvado la civilización terrestre.

-Sea, pues.

Mr. Arnold dictó las instrucciones y los tres terrestres se cogieron de la mano para evitar posibles interferencias en el alternador de emisiones de tiempo. A continuación, el jefe de «Centrolab» formuló toda la complicada serie de cálculos encaminada a concretar la cifra clave.

-¡Buena suerte, muchachos! -expresó sin temor alguno-. Volveremos a vernos muy pronto.

* * *

Shorty se levantó con la impresión de haber sufrido una terrible pesadilla. Un desbarajuste loco de ideas aturdía su cerebro todavía sin despejar. Blodier, saltos de tiempo, astronaves, el Sumo Haron, el planeta Hankhar en la constelación de Las Pléyades... «¡Qué tontería!» se dijo mientras se dirigía a abrir la ventana. La soleada mañana fue el saludo de alegría que obtuvo del exterior.

Tras recrearse unos minutos en la contemplación de los hermosos jardines que rodeaban el edificio, Shorty miró el calendario. Cinco de noviembre de 1959. Tenía la impresión de haber vivido ya esa fecha. ¿No fue aquella noche cuando un intruso franqueó las barreras defensivas de «Centrolab»? ¡Otra tontería!, volvió a pensar enfadado consigo mismo.

Pero los recuerdos parecían muy reales, demasiado fijos para corresponder a una simple fantasía soñada.

Con distraído ademán descolgó el auricular de su teléfono.

-Póngame con Miss Thelma Whalton-pidió al centralista.

Casi inmediatamente le contestó la acariciadora voz de la joven.

-Soy Shorty Havers -le informó a través del hilo-. Escucha, Thelma: toda la noche he estado pensando en algo muy importante para los dos... por lo menos para mí. ¿Sabes que estoy enamorado de ti? No puedo esperar más tiempo sin decírtelo, quiero que lo sepas, que me contestes si tú también sientes algún afecto hacia mí... Una sola palabra, Thelma.

-¡Qué tonto eres, querido! -replicó jovialmente la femenina voz-. De sobra sabes que no he deseado otra cosa que escuchar tu declaración. Esta noche he soñado contigo. Ha sido una terrible pesadilla, pero tú y yo nos queríamos...

Shorty colgó el auricular. Una arruga de preocupación surcó su frente.

-Luego es cierto... -murmuró sintiendo un escalofrío supersticioso.

Aquella noche, a la salida de la cantina, Earl Grunder se le aproximó

con inconfundibles muestras de nerviosismo.

-La barrera magnética de protección está dando señales continuamente, como si alguien tratara de entrar en el recinto -declaró muy de prisa-. Es algo inexplicable, pues si fuera una persona la que intentara entrar ya haría rato que habría muerto carbonizada. ¿Por qué no te acercas a dar un vistazo?

Media hora después, el cargador de su ametrallador se vaciaba en el cuerpo de una gigantesca figura que, quebrando todas las leyes naturales, había rebasado las dos barreras defensivas de la isla. En realidad, Shorty disparaba sabiendo que Blodier era inmune al plomo, pues sólo tenía éste que recurrir a un brevísimo salto de tiempo para anular la acción y devolver las balas a la recámara.

Al día siguiente, Bertil VanDamme se mató incomprensiblemente. Por un supuesto error del encargado de la torre de mandos, su aparato se estrelló contra un transporte militar.

La historia se repetía inexorablemente. Si en algo cambió fue en un breve comentario que Mr. Arnold hizo a Shorty a propósito de aquellos acontecimientos.

-No se atormente demasiado, Havers. Nosotros giraremos eternamente, como una noria sin fin, pero la Humanidad se habrá salvado. Esta mañana he querido salvar a Bertil VanDamme del accidente, pero un destino superior me lo ha impedido. No trate de rebelarse contra lo que le ordenen sus recuerdos. Será completamente inútil...

FIN

135

En la mente de un hombre se forjó la idea de ser

EL CONQUISTADOR DEL MUNDO

y toda una ciencia superior a la conocida por los hombres se puso a su servicio, creando ingenios tan insospechados como efectivos.

EL CONQUISTADOR DEL MUNDO

ha iniciado la batalla y se dispone al ataque del último baluarte

¿LOGRARA VER REALIZADO SU FROPOSITO?

La imaginación fecunda y singular del

PROFESOR HASLEY

narra en una novela cuya aventura parece arrancada de hechos reales los secretos del cuartel general de

EL CONQUISTADOR DEL MUNDO

la escalofriante narración que publicará en su próximo número la Colección

Luchadores del Espacio

TIP. ARTÍSTICA.

Precio: **6** *pesetas.*

Notes



Isla de unas cincuenta millas de extensión, situada en el Golfo de California rozando casi la costa del Estado de Sonora.